

UNIVERSIDAD DE BARCELONA
DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1976-77



CIENCIA Y PASIÓN
EN LA
LINGÜÍSTICA CATALANA MODERNA

POR EL
DR. D. ANTONIO M. BADÍA MARGARIT
CATEDRÁTICO DE GRAMÁTICA HISTÓRICA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
DE LA
FACULTAD DE FILOLOGÍA

BARCELONA
1976

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSITAT DE BARCELONA



0701461935



CIENCIA Y PASION
EN LA
LINGÜÍSTICA CATALANA MODERNA

UNIVERSIDAD DE BARCELONA
DISCURSO INAUGURAL DEL CURSO ACADÉMICO 1976-77



CIENCIA Y PASIÓN
EN LA
LINGÜÍSTICA CATALANA MODERNA

POR EL
DR. D. ANTONIO M. BADÍA MARGARIT
CATEDRÁTICO DE GRAMÁTICA HISTÓRICA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
DE LA
FACULTAD DE FILOLOGÍA

BARCELONA
1976

Magfco. y Excmo. Sr.
Ilustres compañeros
Estudiantes
Señoras y señores

1 — LA OCASION

En el comienzo de mi oración inaugural del nuevo curso, la lealtad más estricta me obliga a confesar que, durante largo tiempo, yo había sentido el temor de verme obligado un día a encargarme de ella. Alguien pensará tal vez que mis temores eran infundados. Con todo, la verdad es que yo no dejaba de tener mis argumentos para no aceptar. Voy a enumerar cuatro, y por ellos será fácil de ver cómo me desagradaba representar el papel que hoy me dispongo a interpretar. De entrada, la inevitable función de protagonista que le corresponde, en el presente acto académico, a quien pronuncia el discurso, función que yo quería eludir de todos modos, por la razón de que nunca me ha gustado ocupar los primeros sitios en determinados actos sociales, por poco que pudiera ahorrármelos. En segundo lugar, el hecho de que, si el criterio para seleccionar a quien perorase aquí era el de antigüedad (dentro de cada facultad), el orador designado,

al verse escogido, tomaba conciencia *ipso facto* de que aquella ocasión, estentóreamente crucial en su vida, significaba al propio tiempo para él el prenuncio del declive, y quizás no sea la manera más adecuada el pregonarlo así, a bombo y platillos. Como tercer argumento (y que me perdonen las autoridades académicas que me escuchan), tengo que decir con claridad y con franqueza que los actos académicos como el presente, por venerable que sea su estructura, siempre me han parecido poco conformes con mi visión de la vida universitaria, que, con acierto o sin él, aspira a ser dinámica y progresiva. Por fin, la experiencia nos dice que, no siendo nada fácil dar con un tema que, sin desdeñar de la especialidad cultivada por quien lo expone, pueda interesar al mismo tiempo a un auditorio tan heterógeno como el que se congrega con tal motivo, la lectura del discurso resulta a menudo ineficaz e incómoda. He aquí, pues, cuatro razones (entre otras que todavía podría aducir), por las que pienso que todo el mundo comprenderá que yo adoptara una actitud reticente ante una solemnidad como la de hoy.

Pues bien, resulta que, a pesar de todo, en la presente oportunidad —es decir, así que me correspondió el turno— acepté tomar parte en un acto que siempre me había infundido dudas y al que siempre había puesto las reservas que acabo de exponer. Todavía añadiré, honestamente, que cuando se me comunicó que me tocaba encargarme del discurso en la sesión de hoy, no opuse resistencia. Todo el mundo creará, pues, que si antes era sincero, al decir cuanto dije, y también lo soy ahora, al decir cuanto digo, forzoso es admitir que entretanto se ha producido dentro de mí una verdadera mudanza de actitudes. Sí, en efecto,

la hubo. Sin embargo, y aun reconociéndolo, quisiera exonerarme de lo veleidoso que pudiera parecer a causa de haber cambiado mi actitud. En efecto, la mudanza acaecida no ha sido sólo mía, sino sobre todo de los condicionamientos objetivos de la presente sesión, hasta el punto de que llegué a inferir que mis cuatro razones para no hacer el discurso inaugural, tal como ahora se me presentaban las cosas, perdían toda su fuerza dialéctica. ¿Quién habrá sido, entonces, el prestidigitador que operó el cambio? Sin querer adular a nadie, quisiera declarar con sencillez, con lealtad, que me vi desarmado ante la imaginación y la habilidad de los hombres que hoy rigen nuestra Universidad de Barcelona; ellos hicieron que mis cuatro razones para no venir se convirtieran en cuatro razones para estar hoy aquí. Quisiera explicarlo brevemente. Primera razón (la del protagonista): yo, con mi pobre discurso inaugural, ya no tenía el papel central en el desarrollo de la presente sesión, su protagonista pasaba a ser la lengua catalana. Segunda (la del canto del cisne): aun cuando supeditándolo todo siempre a las contingencias de las cosas humanas, resulta que el acto de hoy, en vez de hacerme entrever el término más o menos cercano, se convierte para mí en el inicio de una nueva etapa en mi vida de servicio a la Universidad. Tercera (la de la estructura de las sesiones académicas): teniendo en cuenta que el plan de la sesión de hoy contenía novedades importantes, se me hacía evidente que ya no podíamos hablar de una estructura anquilosada. Cuarta (la dificultad de escoger el tema del discurso): tal como se habían concebido su finalidad y su celebración, en esta sesión no cabía más que un discurso, el único discurso que yo hubiera intentado hacer...

No sé si mis argumentos os habrán convencido. De mí, tengo que decir que, tal como se me presentaba la situación, me di cuenta de que las cuatro razones en que yo había fundado, durante largo tiempo, la idea de que no podría aceptar hacer el discurso inaugural de curso, quedaban ahora sin fuerza. El hacerlo no me parecía ahora que contuviese ninguna contradicción.

Es más: no tengo inconveniente en decir que me he preparado para el presente acto con una gran dosis de ilusión. En primer lugar, porque no dejo de adivinar que la fiesta de hoy marca un hito tanto en la historia de la lengua catalana como en la historia de nuestra Universidad, y, en segundo lugar —¿por qué no decirlo?—, por lo que la parte que yo tomo en ella significa para mí, personalmente, en el sentido de que hoy queda sancionado solemnemente un camino que de hecho ya era el mío (y sin que ello quiera decir que renuncie a caminos que había recorrido antes, ya que todos se entrecruzan en el conjunto de un único quehacer científico).

Por mi parte, me alegra contribuir modestamente a un progreso en los usos de la lengua catalana, que es el objetivo primordial de mi vida de investigación, y que es, además, mi entrañable instrumento de comunicación familiar y social.

Por eso mismo, así que he aceptado el cometido que me correspondía en esta sesión, no vacilé ni un instante en la elección del tema que expondría en ella. Hablaría de las connotaciones afectivas que envuelven casi indefectiblemente nuestras empresas científicas de lingüística, sin que por ello quede afectado el valor objetivo de su aportación al estudio.

Quisiera precisar aun que no escogí este tema porque ahora el catalán goce de actualidad y «esté de moda», sino porque me ha parecido apropiado que, en el momento que la Universidad adopta una actitud (consciente, pero que tal vez algunos hallen excesiva), intentemos ver en qué motivos se funda esa actitud, motivos que, para mí, se encuentran en la raíz de la propia singularidad que informa la vida de toda la lengua catalana y que tiene también sus manifestaciones en el terreno científico.

2 — LA HIPOTESIS

Si examinamos cómo se desarrollan las actividades de la investigación científica, en los distintos países y en las distintas culturas, veremos que, lo más a menudo, por doquier se pueden descubrir las tareas de estudio mediante determinadas notas características. Sin querer agotar la lista, he aquí la mención de las más importantes: los que se ocupan de ello son personas profesionalmente preparadas (que llamamos especialistas); antes de emprender ningún trabajo, dichas personas estudian la cuestión (en su estado actual; según la bibliografía correspondiente; comparándola con cuestiones semejantes o paralelas, etc.), y, llegado el momento de poner manos a la obra, aplican una metodología experimentada (o, si así conviene, ensayan la aplicación de ciertas novedades metodológicas —salvando su responsabilidad en lo que tal intento tenga de ensayo), etc. No es necesario que nos extendamos en un concepto que no ofrece dudas a ningún universitario. La tarea científica es presidida en todas partes por el manifiesto deseo de servir la verdad, y servirla con objetividad. El investigador es, tiene que ser, en su calidad de investigador (y dejando de lado matices de temperamento), frío, serio, sereno, crítico; en una palabra, ha de ser objetivo. Ello no quiere decir que el hombre de ciencia no pierda, más de una vez, la serenidad que ahora le atribuimos como característica. Grietas así aparecen en la medida en que entran en juego los aspectos humanos: además de los temperamentos (a los que acabo de aludir), recordemos

las polémicas y discusiones científicas, de las que mucho se podría decir, de las que, sin embargo, sólo diré que, en todo caso, son las excepciones que confirman la regla. Y la regla es, como digo, que el hombre de ciencia es —quiere ser— objetivo.

Lo dicho tampoco significa que la investigación científica no sea compatible, en una misma persona, con cualquier otra actividad humana: un investigador, siendo muy buen investigador, puede ser al propio tiempo literato, político, periodista, etc., y en cualquiera de estas otras facetas pueda mostrarse afectado de connotaciones (como la exageración, el apasionamiento, la transacción y la combinación, entre otras muchas) que le están, empero, vedadas cuando actúa en el riguroso campo de la ciencia.

El dominio de la investigación, así, bien delimitado, es el que encontramos corrientemente en los distintos países y en las distintas culturas, hasta el extremo de que si alguien, movido por una circunstancia determinada, mezclase, en un trabajo de investigación, una connotación de las que acabo de señalar para actividades extra-científicas, se le consideraría faltado de la seriedad que todo el mundo ha de esperar y exigir del hombre de ciencia.

Ahora bien, por poco que alguien conozca la cultura catalana, es fácil observar que la ciencia desarrollada en su seno no siempre se ha llevado a término con la frialdad y la objetividad que, según parece, han de acompañar indefectiblemente la investigación. Es más: uno se sentiría más bien inclinado a afirmar que nuestra ciencia aparece sistemáticamente connotada de afectividad. Yo mismo he dicho y escrito, más de una vez, que una de las constantes de la cultura

catalana moderna es 1) que empresas que por doquier son exclusivamente científicas, entre nosotros se han iniciado con una poderosa carga afectiva, y 2) que empresas que por doquier quedan reservadas a aquéllos a quienes corresponde hacerlas (esto es, a los especialistas), entre nosotros no se realizan sin una intensa participación popular (participación moral, desde luego, pero, en ocasiones, incluso material). Si esto es cierto, ambas propiedades significan que, de una forma u otra, nuestra ciencia viene a ser asunto de toda la comunidad, no algo confiado a los eruditos, sino sentido y compartido por el pueblo culto. Con la particularidad, no obstante, de que tal connotación no disminuye en nada el valor científico de las obras así elaboradas.

Insisto: más de una vez he formulado dicha aseveración, elevándola a una verdadera constante de nuestra cultura. Con todo, la verdad es que, siempre que manifesté dicho juicio (que, enunciado así, tiene un alcance muy general), siempre lo hice acompañar de un solo ejemplo: el de la obra de Antoni M.^a Alcover, que hizo vibrar de entusiasmo verdaderas masas populares y del resultado que a la larga nos deparó aquella obra: el *Diccionari Català Valencià Balear*, de innegable solvencia y de reconocido prestigio (volveré a hablar, más abajo, del fenómeno Alcover, comentándolo y situándolo como corresponde en el conjunto).

Todo el mundo convendrá en que, si hay que dar un ejemplo de ciencia connotada entre nosotros, el de Alcover es magnífico. Es el ejemplo obligado, ya que cumple a la perfección la función que se espera de los ejemplos, de aclarar, mediante una aplicación concreta, el significado de una situación que, al definirla, se había presentado de manera teórica y general. Pero

también puede surgir la duda de que, si sólo disponemos de un ejemplo, esté en crisis, no ya el ejemplo (que, como digo, es brillante y contundente), sino aquello mismo que he calificado de «constante de la cultura catalana», o sea, que la ciencia catalana aparece indefectiblemente connotada de afectividad. La duda insinuada se hace más consistente si proyectamos el «ejemplo obligado» (es decir, el de Alcover) en el contexto político-cultural de comienzos de siglo: es el momento en que adquieren madurez una serie de factores (lingüísticos, literarios, histórico-arqueológicos, económicos, políticos y aun no agoto la lista), que, en actividad y con intensidad variadas desde hacía unas décadas, actuaron, confluyendo, de aglutinante para una toma de conciencia de los catalanes como pueblo más eficaz y más profunda que las anteriores, y que, en definitiva, provocaron la politización más radical y, sobre todo, más universal del movimiento catalán, entre todas las que se habían dado hasta entonces. Todas las instituciones y todas las asociaciones del país llevaban a cabo una actividad patriótica de conjunto. Visto el panorama de hacia 1900, no sólo no es extraño, sino que es casi forzoso que todo condujera a la «Solidaritat Catalana» (1906-1909). El clima público era de intensa vibración colectiva: el más pequeño incidente provocaba reacciones desproporcionadas; cualquier iniciativa se secundaba con enfervorizado entusiasmo.

Que, en un ambiente así, la llamada de Mossèn Alcover despertara millares de adhesiones y que, por tanto, su famoso *Diccionari*, hoy considerado obra científica, pasara por una etapa en que era evidente la colaboración popular, no ha de sorprender a nadie. Al contrario: es algo natural, esperado. Así las cosas, podemos preguntarnos si lo que parecía magnífico

ejemplo de toda una constante de la cultura catalana no es más que un episodio, explicable por la vibración de las multitudes enardecidas de comienzos de siglo. Un episodio fundamental, de muy notables consecuencias para la historia de la lengua, e incluso para la misma ciencia (por su resultado en forma de un valioso diccionario). Pero nada más que un episodio, después de todo. O bien si, por el contrario, dicho episodio es la manifestación más estridente de unos condicionamientos y de unas actitudes que volvemos a encontrar, una vez y otra, a lo largo de toda la vida de nuestra cultura (y no hay que decir que, si así fuera, la tesis de la «constante» tendría solidez y confirmación).

El problema es importante, y vale la pena de que le prestemos la debida atención. De él depende toda una caracterización de la cultura catalana. Por otro lado, no parece de solución excesivamente difícil: bastará con examinar si la modalidad de «ciencia connotada» se reduce a un solo caso (el caso Alcover) o si se repite otras veces o, incluso, si es de aparición sistemática.

He aquí, pues, el contenido de las consideraciones que, a la búsqueda de una solución para el problema planteado, ofrezco a eruditos e interesados en esta sesión académica, cuyo verdadero protagonista ya dije que es la lengua catalana. Tengo que decir que si, hasta ahora, puedo haber dado muestras de confundir la cultura en general y la ciencia lingüística, por el hecho de que el llamado caso Alcover (base y fundamento del diccionario, obra perteneciente, pues, a la lingüística) se inscribe en el ámbito, más vasto, de toda la cultura, a partir de ahora voy a limitar el examen a cuanto ocurre en el cultivo de la lingüística. Es una reducción forzada por razones de espacio y,

en especial, por mis menguados conocimientos, que no me permiten hablar más en general. También así prescindo de otros aspectos del saber (como la historia o la arqueología, entre otros) que tradicionalmente han atraído más la atención de los aficionados que la propia lingüística; además, procediendo así, no dejaré de curarme en salud, ya que, de este modo dejaré de lado casos que, por más que parezcan ser de «ciencia connotada», en realidad no alcanzan los niveles de la ciencia realizada por los especialistas, que es la que, en todo caso, se trata de caracterizar.

Por otro lado, si nuestra conclusión es que la «lingüística connotada» es realmente una constante entre nosotros, dicha constante lo será también de toda la cultura de la cual forma parte la lingüística.

3 — ALGUNOS HECHOS

Planteada la hipótesis de la «ciencia connotada», por lo menos para la lingüística catalana, es hora ya de pasar revista a algunos hechos, recorriendo sucintamente las líneas de la lingüística moderna. No se trata, claro está, de repasar las tendencias, métodos, objetivos y contenidos de las investigaciones llevadas a cabo por nuestros lingüistas, sino más bien de descubrir, en sus actitudes y en sus maneras, si han de considerarse como puros hombres de ciencia —objetivos, atentos ante todo al trabajo de investigación, desligados hasta cierto punto de cuanto no sea el propio estudio— o si comparten su actividad lingüística con un interés no disimulado por la lengua que estudian, con unos lazos afectivos y entrañables con las personas que la hablan, dejando vislumbrar incluso que sus tareas hallan apoyo y justificación en la vida de la propia lengua.

Teniendo en cuenta la naturaleza de la presente exposición, se comprenderá fácilmente que no hagamos un análisis detenido de cuantos han colaborado en la común empresa de la lingüística catalana. Escogeré algunos momentos fuertes y las grandes líneas. Me detendré, en unas ocasiones al azar, en otras por una razón determinada, a examinar la posición y la significación de unos lingüistas o de unos medios culturales concretos. Aunque mi cometido sea discuti-



ble, por fragmentario y por superficial, espero que no dejará de ser significativo y que nos aclarará la cuestión que nos proponemos dilucidar.

a) Las postrimerías del siglo pasado

Un clima científico no se improvisa. No obstante, varios factores pueden confluír en favorecerlo. Esto es lo que ocurría en nuestro país en el último tercio del siglo pasado, durante el cual las cosas, en este aspecto, iban madurando, lentamente es cierto, pero también firmemente. Había buena sazón: recuérdese la trascendencia que había tenido el paso de Milà y Fontanals por la Universidad y por otras instituciones barcelonesas. Sin embargo, en su conjunto, todos esos organismos no podían mencionarse por una actividad muy notable en el campo de la investigación. No es de extrañar que, cuando el romanista alemán Gustav Gröber organizó el *Grundriss der romanischen Philologie* (vol. I, 1888), a base de capítulos sobre las distintas lenguas y literaturas (y sobre otros aspectos de la romanística), encargados a especialistas de cada dominio lingüístico, se encontrara con una grave dificultad: entre nosotros no parecía haber nadie preparado para ese cometido, de suerte que tuvo que renunciar a que el capítulo sobre el catalán fuese escrito por un lingüista del país. Y así fue: el breve tratado *Das Catalanische* de dicha enciclopedia fue obra del hispanista francés A. Morel-Fatio, quien ya había escrito el capítulo correspondiente a la literatura catalana (y, todavía, para refundir el texto con destino a la segunda edición del *Grundriss*, aparecida en 1904, Morel-Fatio no solicitó la colaboración de ningún lingüista catalán, sino la de su discípulo J. Saroïhandy, también francés). Aunque, en este caso, y por razones

fáciles de comprender, el síntoma fuese felizmente más negativo que la misma realidad, no nos podemos hacer muchas ilusiones sobre el juicio que nuestra incipiente lingüística merecía de los romanistas forasteros.

Pues bien, si a duras penas existía la ciencia lingüística entre nosotros, ¿habrá todavía que averiguar si era una ciencia «objetiva» o «connotada»? Si pensamos que la consecución de un clima científico es, como decía hace un momento, una empresa lenta, y que supone la eliminación de unos factores, acaso indispensables en su gestación (como el convencimiento de que aquello es necesario, la motivación patriótica de tal actividad, la propia satisfacción que uno encuentra en ella, el aspecto apologético que se deriva para el país, la emulación con respecto a otras culturas), tenemos que concluir que aquella incipiente lingüística catalana era, irremediabilmente, necesariamente una lingüística connotada. Ahora bien, a pesar de que, a juicio de Gröber, aquí no teníamos lingüistas solventes, resulta que no dejamos de encontrar muestras de una lingüística que posee ya todos los requisitos indispensables para que se la llame científica. Se trata de una lingüística, insisto, evidentemente connotada, pero lingüística a fin de cuentas, y de garantía.

Entre varias manifestaciones que de ella se podrían aducir, escojo una, sin duda la más característica, tanto por las connotaciones inherentes (que levantaron gran alboroto) como por su resultado intrínseco (que aun hoy todo el mundo considera correcto). Nadie deja de adivinar que me refiero al tema de la ortografía y concretamente a la memorable «campanya lingüística», promovida por los hombres de «L'Avenç» (sobre todo Pompeu Fabra, Joaquim Casas i Carbó y Jaume Massó i Torrents), durante el año 1891.

No voy a extenderme en ello, tanto porque es un episodio muy conocido para las personas versadas en la historia de la cultura catalana moderna, como porque el tema fue tratado recientemente, y con gran competencia, en la tesis doctoral de Ramon Pla Arxé (*El núcleo intelectual de «L'Avenç» en la evolución de la «Renaixença» hacia el «Modernisme»*), leída en 1974.

Sólo quisiera decir que el problema se presentaba con todos los condicionamientos extra-científicos; que se arrastraba desde hacía mucho tiempo, y que, en el entretanto, había suscitado encontradas pasiones y agudas cuestiones personales; que había tantas ortografías como partidarios de establecer una, lo cual, si causaba escándalo entre personas responsables y conscientes, se convertía en motivo de alabanzas para otras, ya que aquello de adoptar cada cual el sistema ortográfico de su preferencia no dejaba de ser adecuado a nuestra manera de ser, ávida de libertad...

En el contexto descrito (de total desconcierto, fomentado por problemas de tipo personal) y en una materia tan delicada (sabido es que las cuestiones ortográficas resultan muy conflictivas en todas partes), irrumpió la campaña de «L'Avenç» por la «reforma lingüística», con la propuesta de una nueva ortografía. La más «nueva» de cuantas se encontraban en el mercado. Pues bien, como ya he insinuado, la ortografía de «L'Avenç» (fundamento de la que quedó sancionada oficialmente en 1913 —con ligeros retoques de transacción, que dejaron intactos los criterios técnicos), que, lo repito, es prácticamente la ortografía vigente hoy, es, desde el punto de vista científico, el mejor sistema ortográfico que podíamos desear, por su base etimológica, por su atención a las variedades geográficas, por su realismo (al partir de la lengua viva mo-

derna) y por la coherencia con que combinaba esos puntos de vista, no precisamente coincidentes.

Ahora bien, fue un sistema nacido en un medio apasionado y hostil a cualquier nuevo intento, incluso antes de que se conociera. Así, una vez hecha la propuesta (ya hecha ella misma en un clima de tensión), el nuevo sistema fue combatido y sus autores tuvieron que salir en su defensa. Y lo defendieron contra viento y marea. Se salieron con la suya gracias a su tenacidad, a su combatividad, a la lógica del sistema, que de todas formas tenía que imponerse, y a la comprensión de quien habría de sancionarlo, llegado el día.

Entre los primeros balbuceos de nuestra ciencia lingüística, registramos ya una importante aportación, realizada con solvencia, con garantía y con objetividad. Era, pues, tarea «científica». Pero, al propio tiempo fue una aportación que (tanto por sus antecedentes inmediatos y por la tensión del medio, como por los obstáculos que entorpecían su aceptación y su aplicación) se vio mezclada con unos ingredientes afectivos (de interés, de participación, de defensa), que en seguida hicieron de ella una tarea «connotada».

Como había anunciado, hemos visto un solo ejemplo de las postrimerías del siglo pasado. Otros habría, pero vamos a prescindir de ellos. Hay que reconocer, empero, que, lo más a menudo, encontramos trabajos sobre la lengua que, si poseen los requisitos más variados para considerarse «connotados», carecen de aquello que los haría «científicos». Y, por ello mismo, ya no nos sirven, lo cual no quiere decir que no representarían un papel importantísimo en la sensibilización de las masas y en la toma de conciencia de los catalanes como pueblo. Pienso, por ejemplo, en el fa-

moso discurso de Angel Guimerá sobre la lengua catalana, pronunciado en el Ateneo en 1895, del que se hicieron tiradas increíbles, que significaba la conquista de la institución para el catalán, pero que, ni por el autor, ni por el contenido, ni por las circunstancias, podríamos tomar en consideración como un trabajo de investigación.

b) La «Obra del Diccionari»: Antoni M. Alcover

Llegamos a la segunda muestra de la lingüística connotada: la obra de Mossèn Alcover. Teniendo en cuenta que, como decía, éste es el primer ejemplo que se nos ocurre al hablar de lingüística connotada, y que se trata de un capítulo muy conocido de nuestra historia cultural moderna, espero que se me permitirá pasarlo a un ritmo muy vivo y sin entrar en detalles. Por otro lado, pienso, sin embargo, que no puedo dejar de insertarlo, tanto porque su ausencia mutilaría extrañamente un conjunto que quisiera ser congruente, como porque la verificación de la hipótesis formulada exige que no prescindamos de su prueba más característica.

Por la pincelada que he dado, hace un momento, del ambiente en que se desarrolló la «campana lingüística» de 1891, no es difícil comprender cuál era el grado de sensibilización del pueblo culto con respecto al gran tema de la lengua. Pero esto no era todo: hay que añadir que dicha sensibilización no podía separarse de aquélla otra que, manifestada de momento por la recuperación del sentido de pueblo por parte de los catalanes, se había convertido en una verdadera toma de conciencia nacional, y se traducía en aspiraciones autonomistas cada vez más concretas y más

perentorias. Añadamos, todavía, que la ciencia románica europea, ella misma aun abriéndose caminos (y moviéndose dentro del marco general de los neogramáticos, matizado más específicamente por la dialectología), iba ya llegando a nuestras latitudes, y tomaba forma en los trabajos de varios lingüistas y gramáticos.

En este ambiente científico-popular hizo su aparición Alcover. De momento nadie —ni siquiera él mismo— hubiera dicho que fuese un lingüista. Simplemente, porque no lo era. De tradición familiar carlista, defensor de posiciones integristas, vicario general de la diócesis de Mallorca, había descubierto, empero, la vena popular, y se había lanzado, con todo su entusiasmo, a redactar las *Rondaies mallorquines*, a través de las cuales percibió el tesoro de la lengua popular y la necesidad de hacer algo, estudiándola y defendiéndola. Pero Alcover no era hombre para hacer las cosas a medias. «Hacer algo» por la lengua catalana equivalió pronto, muy pronto, para él, a concebir el proyecto de un diccionario exhaustivo de *todo* el catalán.

Ahora bien, los diccionarios suelen hacerlos los que saben cómo se hace un diccionario, es decir los lexicógrafos. Alcover, no. Alcover amaba la lengua; esto hacía que se interesara por ella, y, al interesarse, creyó que tenía que hacer un diccionario. En parte bajo la influencia del clima público que vivía el país, en parte porque entonces él debía de creerlo así, Alcover decidió invitar, mediante la llamada *Lletra de convit* (1901), a todos los que amaban la lengua catalana, a colaborar en la confección de un diccionario. La historia es conocida. La respuesta fue multitudinaria: centenares y millares de personas se adhirieron a la pro-

puesta. Inmediatamente se hizo necesaria la publicación del *Bolletí del Diccionari de la Llengua Catalana*, que redactaba y publicaba él mismo, con el cual se mantenía en tensión a todas aquellas gentes. Todas aquellas gentes, que en seguida empezaron a enviar a Mallorca millares de cédulas lexicográficas (de toda índole: de autores antiguos, de oficios y profesiones, de hablas locales, de nombres propios, etc.), las cuales pasaban a llenar la famosa «calaixera» (tan bien descrita por Alcover, en el *Bolletí*). Aquella empresa, que en otros medios culturales habría sido inconcebible, y que, incluso entre nosotros, sugería más bien que se «jugaba a hacer un diccionario»; aquella empresa, que no difería, por sus manifestaciones visibles, de cualquier otra actividad afectiva, de adhesión popular a una afirmación patriótica, tuvo la virtud de pregonar por todas partes la propia existencia: todo el mundo supo que se estaba fraguando un magno diccionario, todo el mundo vio en el empeño un acto de afirmación, la fe de vida de una lengua que recobraba posiciones que parecían perdidas; muchos catalanes (que habían colaborado mandando fichas lexicográficas) se sentían hasta cierto punto coautores de la obra.

Los materiales reunidos fueron analizados, seleccionados y verificados por Alcover y también por F. de B. Moll, a quien debemos considerablemente la conversión de todo aquel alud de informaciones irregulares en un cuerpo de datos elaborados y expuestos según unos criterios científicamente irreprochables. Así es como la ruidosa y popular «Obra del Diccionari» se transformó en el *Diccionari Català Valencià Balear*, de prestigio y solvencia reconocidos por doquier. Y, todavía, incluso cuando el *Diccionari* era ya esa obra seria y objetiva, es decir científica, no se olvidó el aspecto comprometido de servicio a la comunidad cata-

lano-hablante, como lo pone de relieve la exposición circulante del *Diccionari*, que, durante los duros años del hundimiento, llevaba a todos los rincones un mensaje de aliento y de esperanza. No, no es sin motivo que, al plantearse la tesis de la «lingüística connotada» entre nosotros, todo el mundo piense en el caso Alcover...

Con todo, hay más, todavía. Alcover y su curiosa mezcla de exigencia científica y entusiasmo popular, lejos de agotarse con la historia del diccionario, aparecen un día tras otro en todas sus empresas. Ya en las *Qüestions de llengua i literatura catalana* (en el *Bolletí*, 1901-1902), escritas en tono polémico, a raíz del artículo de R. Menéndez Pidal *Cataluña bilingüe*, en donde, como siempre, alternan datos científicos de toda garantía e informaciones confusas con embestidas irónicas de tipo personal. Lo mismo ocurre en las descripciones de sus viajes científicos y de sus pesquisas dialectales («escorcolls dialectals») y de sus salidas filológicas («eixides filològiques»).

Pero el aspecto más importante que habría que subrayar, entre las empresas de Alcover, es el «Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana», celebrado en Barcelona en el mes de octubre de 1906, y culminación de la agitación en favor de la lengua que ya había motivado, cinco años antes, la llamada para hacer el diccionario. Una vez más, se trata de una historia muy conocida, de la que no hay que dar detalles. Un país que hubiera podido contar sus lingüistas y gramáticos con los dedos de las manos vio cómo tres mil ciudadanos se inscribían en calidad de participantes en el Congreso, en un Congreso de Lingüística... Para la mayoría de ellos, el Congreso era más apología y testimonio de la vitalidad de la lengua que el

comienzo y la planificación de las investigaciones a ella concernientes; aquella asamblea de profanos (los congresistas eran gente de todos los oficios: médicos, abogados, periodistas, industriales...) se atrevía a decidir, en materia de lengua, mediante votaciones democráticas... Pese a ello, yo siempre he defendido el Congreso de 1906, porque nunca dejé de ver en él el gesto de todo un pueblo que otorga un voto de confianza en aquéllos que, expertos y conocedores, ellos sí, establecerían las normas y los preceptos que todo el mundo esperaba con gran impaciencia. Más de una vez he recordado que, al fin y al cabo, entre el Congreso (1906) y las *Normes ortogràfiques* (1913), tan universalmente aceptadas, sólo transcurrieron siete años.

Se comprende bien, y ahora con más fundamento que antes —así lo espero—, que Alcover sea el primer ejemplo que se nos ocurre, cuando hablamos de los compromisos y de las connotaciones de nuestra ciencia lingüística.

c) El «Institut d'Estudis Catalans»

Como se sabe, el «Institut d'Estudis Catalans» fue fundado, en 1907, por Enric Prat de la Riba, como un organismo académico, con el cometido de realizar las tareas propias de la investigación científica, sobre todo en el campo de la cultura catalana. Generalmente decimos que el Institut significó la superación de la vertiente afectiva popular en la combinación de elementos apasionados y científicos, típica, por ejemplo, de la obra de Alcover, y que, por lo mismo, hizo que surgiera un clima de trabajo objetivo y sereno, de gran rigor metodológico y de gran exigencia en la te-

mática que se impuso. Todo lo confirma: la magnífica colección del *Anuari*, la planificación de las excavaciones arqueológicas, la creación de la Biblioteca de Catalunya, etc., y, en el terreno de la lengua, el hecho de acometer, con criterios científicos y con autoridad moral, la tarea sin duda más necesaria y más urgente en aquellos momentos: la normativización de la lengua, que ciframos en la ortografía (1913) la gramática (1918) y el diccionario (1932). Andando el tiempo, el Institut tendió a acentuar el nivel de exigencia de su trabajo científico, dio a luz publicaciones que sólo acrecentaron el prestigio de que goza desde sus primeros años, y fue estableciendo sólidos lazos con la ciencia internacional.

Todo lo dicho, que es cierto, podría hacer creer a un observador superficial que la labor del Institut provocó la desaparición de la «ciencia connotada» (que, según vimos, había caracterizado la investigación llevada a cabo entre nosotros desde sus primeros intentos), inaugurando una etapa de «ciencia objetiva», ni más ni menos que la que se cultiva en todas partes. Si así fuese, el Institut habría contribuido a la llamada «normalización» de la ciencia catalana, en el sentido de que la habría convertido en normal, o sea que la investigación de nuestro país sería ya comparable a la que se elabora en cualquier otro.

Ahora bien, no podemos juzgar por las apariencias, ya que las apariencias a menudo nos llevan a engaño. Y nos engañaríamos, si aceptásemos la conclusión que parecía imponérsenos. Estoy convencido de que, en la cultura catalana, la razón de la «ciencia connotada» es profundísima, como espero hacer ver, y por ello incluso queda al margen de la obra del Institut, a pesar de que su gestión haya sido muy seria.

De todos modos, tengo que aducir algunas pruebas de mi aserción, como he venido haciendo hasta ahora. También ahora escojo algunas, que hallo suficientemente significativas. Empiezo por un testimonio, cuya lectura recuerdo que me produjo una fuerte impresión: la semblanza de Ferran Valls i Taberner, que Jordi Rubió escribió al frente de una edición de obras de aquél (volumen publicado en 1952). Tanto como un esbozo biográfico de Valls, el texto contiene el recuerdo de todas las vivencias del grupo (la «colla»). Allí salen sus ilusiones sobre el trabajo científico y sobre la ordenación del país. Triunfos y desengaños, estudio y tiempo libre, tareas científicas y actividades culturales, todo muestra que aquellos hombres no hacían ninguna distinción, en sus vidas, entre la investigación y el civismo. Trabajaban en la investigación científica en función de su compromiso con el país. Aquellos hombres practicaban una «ciencia connotada», sin que ello signifique ningún desmerecimiento en cuanto al valor de sus aportaciones, que eran de primera categoría.

Una segunda prueba, de signo muy diferente. La saco, ahora, de la normativización, que comentaré desde dos ángulos distintos. La novedad de las *Normes ortogràfiques* (1913), que, pese a su base científica y lógica, contenían algunas soluciones sin tradición en el idioma, removi6 las aguas antiguas, que nunca se habían sosegado por completo, y provocó el llamado «anti-normismo», defendido, con una energía digna de mejor causa, por un grupo de obstinados que se aferraban a otros sistemas ortográficos, tanto más apropiados —según ellos—, cuanto más arcaicas eran sus soluciones. Dicho grupo, que componían, por otro lado, beneméritos eruditos de nuestras letras, rodeados de prestigio intelectual y social, organizó una po-

lémica violenta y sostenida, esgrimiendo todos los argumentos y recurriendo a todos los medios. Ya podían esgrimirlos, ya podían recurrir a ellos; los «anti-normistas» eran pocos, muy pocos, ya que todo el mundo (escritores, editores, periodistas, el pueblo culto), todo el mundo, pues, se había alineado con el Institut. Pese a ello, los anti-normistas (que eran tan violentos como escasos) crearon un enrarecido clima de polémica. Y por más que los hombres del Institut no bajaron a la discusión menuda, no pudieron tampoco sustraerse al clima polémico creado con el incidente, el cual (y por eso lo menciono) hubiera sido inconcebible en una cultura de funcionamiento normal.

Continúo, todavía, con el tema de la ortografía, ahora, desde un nuevo ángulo. Es inevitable —y, por ello, habitual— que se produzca una tensión entre las normas gramaticales y la propia lengua: ésta, viva, dinámica, se modifica sin cesar, buscando siempre nuevas maneras de expresión; aquéllas, como formas fijas, retratan (si se han establecido bien) un momento preciso de la historia de la lengua, de modo que actúan como un freno ante el dinamismo impulsor que mueve la lengua. Las normas sólo podrían retratar fielmente los cambios a base de saltos (correspondiendo cada salto a modificaciones de las normas, introducidas para adaptarse a las modificaciones operadas en el sistema lingüístico), pero es obvio que la gramática no se puede modificar demasiado a menudo, ya que esto resultaría perturbador para los usuarios de la lengua. Por eso decía que es inevitable que surjan tensiones entre la «gramática preceptiva» y la «gramática descriptiva» (así las llamé, en otra ocasión). Pues bien, también aquí hay que verificar, para el catalán, una situación anómala, que se aparta de lo

que casi siempre se puede observar en otras lenguas. En efecto, el catalán no conoció, entre 1913 y 1939, las consabidas tensiones entre «normas gramaticales» y «expresión espontánea». Lo explican varias razones, pero ahora escojo las tres siguientes: 1) primero, la normativización fue, durante todo el período mencionado, una obra en curso, como tenía interés en recordarlo el propio Pompeu Fabra, su genial plasmador; siendo algo que sólo entonces iba convirtiéndose en una realidad, difícil sería que pudiera ya presentar tensiones en su seno; 2) en segundo lugar, y por la misma razón, las normas retrataban bien la realidad idiomática: oponiéndose a los «medievalistas» en materia ortográfica, las normas habían salido del estado entonces actual de la lengua (que sólo había habido que depurar, simplemente, de vicios y defectos), de suerte que se producía una correspondencia muy fiel entre «gramática preceptiva» y «gramática descriptiva» (cosa que no ocurre con lenguas cuyo sistema ortográfico y gramatical se remonta a veces, en definitiva, al siglo XIX y al siglo XVIII); 3) tercera razón: como consecuencia tanto de las refriegas sostenidas durante varias décadas sobre la cuestión ortográfica como del voto de confianza que, como dijimos, había significado el multitudinario Congreso de 1906, la normativización fue una empresa popular; en efecto, toda la comunidad hablante se la consideraba suya: secciones de lengua en los diarios y revistas, cursillos de catalán en todas partes, emulación en la competencia gramatical, corrección amical como quien dice por la calle, y otros indicios lo prueban en grado suficiente. Quisiera subrayar el carácter casi único de una tal adhesión popular, ya que incide plenamente en mi idea de la «ciencia connotada»; en este caso, se trata de una gramática (la gramática, que tantas veces es la pesadilla que más menudea en las aulas escolares), la

gramática, digo, que se veía secundada —¡oh paradoja!— vital, entusiástica, fervorosamente por un pueblo entero.

Presentados el testimonio de Jordi Rubió y la singularidad de la normativización entre nosotros, quisiera aducir una tercera prueba de «lingüística connotada» en el ámbito del Institut d'Estudis Catalans (prueba que podría aún no ser la última). Se trata de la obra de Antoni Griera. Por más que todos juzgamos muy severamente su aportación, y que dejó de pertenecer, en un momento dado, al Institut (del cual era miembro adjunto), Griera se movió dentro de la órbita del Institut desde sus viajes como pensionado (1908) hasta un tiempo después de haber sido declarado cesante (cosa que ocurrió en 1928), fue el principal animador del *Butlletí de Dialectologia Catalana* (tomos aparecidos entre 1913 y 1930), publicado por el Institut, y el más prolífico de sus filólogos en el transcurso de aquellas dos décadas. Dejando de lado graves deficiencias de información y de método que su obra transpira constantemente (y que a menudo se han atribuido a la excesiva abundancia de sus publicaciones), yo nunca dejé de ver otra razón para explicar la precipitada manera de trabajar de Griera y la gran cantidad de títulos que registra su bibliografía (razón que no justifica, empero, aquellos defectos): el afán y la satisfacción de poder decir y de poder oír decir: «¡la lingüística catalana también está aquí!», «¡los catalanes ya estamos!». Afán y satisfacción que compartían otros miembros del Institut, según se puede comprobar en varias publicaciones. Es claro que, como la metodología de la romanística aún no se conocía muy bien entre nosotros, una cosa era compartir los mencionados afán y satisfacción de Griera y otra cosa, muy diferente, habría sido evaluar científicamente sus

trabajos. Con todo, aunque ya había más de un perspicaz que algo sospechaba, ante tantos éxitos, la verdad es que en general todo el mundo quedaba admirado del número de sus publicaciones y de sus contactos personales con los romanistas europeos.

Me ha parecido que valía la pena aducir el ejemplo de Griera, tanto porque su obra suministra uno de los ejemplos más claros de la «lingüística connotada» (y no hay que decir que el ejemplo seguiría siendo válido si los reproches que hacemos a su obra científica careciesen de fundamento —el ejemplo es, como siempre, de actitud, no de contenido), como porque la posición de Griera era general y corriente: por debajo del trabajo científico que se realizaba, latía el esfuerzo de incorporar al catalán la dialectología y la gramática histórica, las dos corrientes que privaban en la romanística hacia 1910 y 1920. Este esfuerzo presentaba otro aspecto, igualmente compartido por todos: el espíritu de emulación con respecto a los lingüistas castellanos, en especial los de Madrid, ante quienes nosotros podíamos presumir de una retahíla de trabajos hechos, a pesar de no disponer de subvenciones oficiales, como las que se aplicaban a aquéllos... Esto es muy claro en cuanto a las monografías dialectales y vocabularios especializados. Esto es más claro, todavía, en cuanto a los atlas lingüísticos: el Institut había publicado ya cuatro tomos del *Atlas lingüístic de Catalunya*, de A. Griera, cuando en Madrid apenas estaban realizando las encuestas del atlas peninsular. Dicha emulación alcanzó entre nosotros ribetes verdaderamente pueriles: no es raro que conspicuos miembros del Institut observen con fruición —y de ningún

modo seré yo quien eche la primera piedra— que nuestro *Butlletí de Dialectologia Catalana* apareció en 1913, un año antes, pues, que la *Revista de Filología Española*, de Madrid 1914)...

Existe aun otro ángulo desde donde la actividad científica del Institut incide de nuevo en eso que llamamos la «lingüística connotada», y que yo atribuyo a Griera porque, una vez más, le corresponde el mérito por razones estadísticas, dentro del periodo que comentamos aquí: la promoción del uso del catalán como lengua científica en las revistas internacionales y misceláneas de homenaje, cosa que reforzaba en el exterior los usos de una lengua que tenía que recuperar muchos en el interior.

Todavía podríamos poner de relieve otra faceta de la actividad de Griera, ahora muy personal, pero que no quiero omitir porque entra, una vez más, en el concepto de «lingüística connotada»: su interés en heredar y en aclimatar entre nosotros las ideas y las maneras de Jules Gilliéron, maestro suyo en París. De aquí su espíritu polémico, al interpretar mapas lingüísticos, aplicando, a tuertas o a derechas, los postulados de la homonimia, tal como los defendía el genial autor del atlas francés —que, además, era un genio—. Aunque éste vuelve a ser un punto muy discutible de las contribuciones de Griera, no deja de pertenecer al tipo de «lingüística connotada».

d) La plenitud

Hasta ahora hemos visto, por medio de unas cuantas muestras concretas, que la «lingüística connotada» caracterizó indefectiblemente nuestra ciencia, tanto en

el periodo de los balbuceos iniciales, como en la llamada «época del entusiasmo», como, todavía, en el momento de la pretendida eliminación de elementos afectivos y de la estructuración de una lingüística objetiva.

A pesar de la dificultad de delimitar bien los campos, ya que, mirando las cosas de cerca, los terrenos se encabalgan, pienso que podemos hablar de un nuevo periodo, que llamaríamos de plenitud. Yo lo situaría a partir de los años veinte, y tendría su terminación con la gran frontera de la guerra civil (1936-1939). Hay que distinguir en él los siguientes elementos, todos ellos de carácter sociolingüístico: 1) De momento, en cuanto al proceso de normalización de la lengua, lengua y sociedad tienden a identificarse, y, aunque sin conseguirlo por completo, se acercan mucho; el índice de publicaciones en catalán (diarios, semanarios, otras publicaciones periódicas; libros, folletos, impresos de variada índole) es cada vez más elevado; las emisiones radiofónicas se hacen corrientemente en catalán, exceptuando las conexiones directas con otros puntos de la península; la enseñanza de catalán y en catalán se difunde y se consolida, y, a partir de 1931, es sancionada y generalizada por la vía oficial. 2) En segundo lugar, con respecto a su consideración social, el catalán adquiere, con motivo del régimen autonómico de 1932, el carácter de lengua oficial (en situación de co-oficialidad con el castellano). Este alto rango público y administrativo facilita y acelera el proceso de normalización, y hace desaparecer el tono de «segunda categoría» que tenía el catalán a los ojos de mucha gente, sobre todo de condición cultural modesta. 3) Por fin, por lo que se refiere a los frutos de la «normativización», la obra de Fabra iba extendiéndose e iba madurando en todo el país, tanto en la creación

literaria, como en la consecución de un estilo científico, como en el establecimiento y la fijación de la «tercera modalidad» (así la llaman algunos), esto es aquella especie de lengua que equidista de la literaria y de la coloquial (lengua escrita intrascendente, de avisos y noticias, de cartas familiares, etc.).

Intentando ahora acercarnos ya al tema que nos preocupa aquí, los tres factores mencionados actuaban como de soporte de la ciencia cultivada entre nosotros. Además, la Universidad Autónoma de Barcelona coordina las tareas de enseñanza general con los trabajos de seminario y con varios núcleos que se inician en la investigación científica; el Institut es generosamente ayudado por las instituciones públicas de la Cataluña renovada, y procede a instalarse en los locales que se le han destinado, en la antigua Casa de Convalecencia, justo al lado del sitio al que se trasladan sus libros (la Biblioteca de Catalunya). Todo eso confiere madurez y seguridad a la ciencia catalana, y, de hecho, en este periodo aparecen investigaciones lingüísticas de primera categoría, que no hay que detallar por ser sobradamente conocidas.

Ya es hora de preguntarnos si, en el periodo llamado de plenitud, volvemos a encontrar aun la «lingüística connotada», o si, al contrario, este tipo de investigación ha cedido el puesto a la «lingüística objetiva», comparable al tipo de trabajo científico de todas partes. Parece que la respuesta más apropiada es la siguiente: nuestra lingüística de los años 1925 a 1939 sigue presentando connotaciones extra-científicas, las cuales, empero, acusan, por un lado, una tendencia a perder vigor, y, por otro, a sustituir las connotaciones más habituales por otras connotaciones, que antes hubieran sido injustificadas. Todo lo formulo en un



tono obligadamente conjetural, en especial debido a la brevedad del tiempo durante el cual se habrían producido las modificaciones que insinúo, y que comentaré en pocas palabras.

Decía, pues, que seguimos registrando connotaciones extra-científicas. Si tenemos en cuenta ciertos factores (como son, entre otros, la madurez de la escuela del Institut, los progresos tanto de la normalización como de la normativización del idioma, el brillante despliegue editorial de hacia 1925, etc.), alguien podría mostrarse sorprendido ante el prólogo del *Diccionari General de la Llengua Catalana* (1932), de Pompeu Fabra. Fabra, siempre tan objetivo y tan ponderado, tiene que hacer alusión en él a las dificultades con que tropezaba la realización del gran diccionario catalán proyectado por el Institut. Esta es la razón —dice Fabra allí— por la que el Institut decidió acelerar la confección de un diccionario general (el que él prologa). Dejando aparte la motivación ocasional (claramente «connotadora»), dicho prólogo contiene varios puntos que lo hacen tributario de una «lexicografía connotada», y que yo veo claramente cuando intento traducirlo en términos de otras culturas (la castellana o la francesa, por ejemplo).

Hablando de una manera más general, es innegable, ciertamente, que el tono de la lingüística catalana había ganado seguridad, y que, como decía, los aspectos connotados iban disminuyendo. Creo que esto se evidencia comparando los artículos del *Butlletí de Dialectologia Catalana* de 1915 a 1920 con los de 1930 a 1935 (y recalco que no me refiero al contenido científico de tales artículos, sino al tono que sus autores adoptan en ellos). El nuevo tono habría ido progresando, llevando nuestra ciencia por los senderos de una

mayor objetividad, si el periodo de plenitud no hubiese durado tan poco tiempo.

Ahora bien, dentro de este breve periodo, y a medida que el nuevo tono cobra más vigor, hace su aparición otra connotación que antes hubiera sido inimaginable: la de un cierto triunfalismo ante la consolidación de las instituciones que apoyan la ciencia catalana, el cual se puede vislumbrar en algún prólogo y en otros escritos del momento. Como si nos dijeran: «*Ahora* podemos trabajar más como se trabaja en todos los países», «parece que se abren *nuevos* horizontes para nuestra cultura», o algo semejante. Ello quiere decir que, así que nos sentíamos libres de una dura situación, nos resultaba difícil disimular la satisfacción que ello nos producía. Hay que ver en ello la expresión de un sentimiento, humanamente muy natural, por el que dábamos testimonio de las penas y trabajos que los tareas científicas habían exigido durante largos años.

En definitiva, el periodo de plenitud, en el cual hubiéramos podido desembarazarnos de un tipo de «ciencia connotada», fue demasiado corto para que eso se convirtiera en realidad; pero fue, al mismo tiempo, suficientemente largo para que, así que se debilitaban las connotaciones antiguas, se insinuara otra nueva, la cual, empero, hubo de desaparecer muy pronto, ante el hundimiento. Según parece, nuestra ciencia no puede manifestarse si no es con una suerte u otra de connotación.

e) El colapso

Es bien sabido que el año 1939 desapareció toda manifestación pública (oral y escrita) de la lengua ca-

talana dentro del país, desaparición que había de durar unos cuantos años, si entendemos la frase «*toda* manifestación» en su sentido más absoluto, pero que había de durar muchos más (y, hasta cierto punto, ha durado hasta ahora —y todavía dura—), si pensamos en *todas* las manifestaciones públicas que se habían llegado a conseguir en el periodo de plenitud, y que aun no se han restablecido en su integridad. Por otro lado, como las instituciones que promovían la ciencia se hundieron o enmudecieron o quedaron transformadas de cuajo en aquella fecha, los dirigentes de la cultura no tuvieron muchas opciones, y hubieron de escoger entre la de cambiar de oficio (con lo que buen número de vocaciones científicas quedaban malogradas), la de emprender el azaroso camino del exilio (salvando así la ciencia catalana, incluso a menudo la expresada en catalán, y difundiendo sus peculiaridades por doquier) y la de permanecer en el país (para asegurar el contacto con la sociedad interesada y la transmisión de valores a las nuevas generaciones). Cada uno hizo su opción en conciencia y según las circunstancias personales, pero de ello resultó un tácito reparto de papeles decisivo, por el cual, todo un conjunto humano acometió, como en otras encrucijadas de su historia, la tarea de reencontrarse como comunidad y de reconquistar las posiciones perdidas.

En esa larga empresa colectiva, los hombres de ciencia no podían abdicar su profesión. Y, a pesar de algunas desviaciones obligadas o tácticas (piénsese en los que se vieron desposeídos de los puestos que ocupaban, o en los que, cuando todavía era demasiado arriesgado emprender según qué actividades, organizaban inocentes lecturas de poesía), los hombres de ciencia no abdicaron.

Ni hay que decir que la ciencia catalana aparece entonces fuertemente connotada, y, como siempre, una afirmación así no quiere ser ningún juicio sobre su valor intrínseco, sino que es la comprobación de una actitud. La lingüística catalana de los años cuarenta se manifiesta o bien en el extranjero (entonces la connotación corresponde a las ideas de «como no se puede publicar en el país», «la ciencia catalana no ha muerto ni morirá», y otras por el estilo) o bien dentro del país, pero en castellano (ideas connotadas: «aunque no sea en catalán, sigue habiendo ciencia catalana», «la cuestión es no abandonar la tarea», etc.). El punto álgido de estas actitudes connotadas se encuentra en las publicaciones redactadas en catalán y aparecidas dentro del país; escasas y sueltas, pero por eso mismo aun más significativas. Recuérdese que el Institut d'Estudis Catalans no reemprendió sus publicaciones hasta 1947, y, aún, con una gran falta de seguridad moral, e incluso física.

La actividad científica llevada a cabo entre nosotros en la época del gran silencio tiene otra característica, que repercutió en la manera de obrar de nuestros lingüistas; es la que yo llamaría «aceleración del tipo de trabajo». En efecto, siendo un tiempo en el que los hombres de ciencia (no en vano, hombres; también, pues, ciudadanos) no pueden lanzarse a otras actividades cívicas (además de las de investigación), por lo menos a algunas que ellos quisieran realizar y que no caben en los reducidos moldes del funcionamiento de la sociedad, el resultado es que todos ellos dedican más horas al estudio, muchas más de lo que hubieran hecho en una época normal. Así, durante aquellos años del hundimiento, se encuentran en preparación obras (de investigación, de recogida de datos, de síntesis) que se esperaban desde mucho tiempo

antes, y que irán apareciendo unos años después. Con todo, la aceleración del tipo de trabajo no es, si lo miramos bien, una connotación de la tarea científica, sino una consecuencia de factores de connotación más profundos. Quisiera mencionar dos, los dos que me parecen más claros: uno, una especie de noble venganza (la connotación sería: «ya que no podemos hacer otra cosa, lancémonos de pleno a la investigación»); el otro, el espíritu de solidaridad con todos los que sufrían por causa de la cultura catalana. Presento la connotación correspondiente por medio de unos ejemplos: si los editores topaban con graves dificultades para publicar libros catalanes (una censura específica; la interdicción de hacer salir traducciones; la obligación de ajustarse a una ortografía anterior a la vigente, etc.); si los periodistas, además del inevitable cambio de lengua, hacían equilibrios para hacer llegar determinadas informaciones a la gente, y aun tenían que contemplar, indefensos, cómo se tergiversaban a menudo los conceptos. Si todo esto les pasaba a los que se esforzaban por hacer hablar a una cultura que las circunstancias habían hecho enmudecer, los hombres de ciencia, entregados a una tarea más etérea, de resultados menos inmediatos y menos divulgados (y, por eso mismo, menos comprometidos), interpretaban que su solidaridad con todos aquéllos que, por profesión, tenían que dar la cara, era la aceleración del tipo de trabajo. Como decía hace un momento, cuantos se sintieron afectados por el hundimiento constituyeron un gran conjunto orgánico, donde, por medio de un tácito reparto de papeles decisivo, cada cual representó el que le correspondía. Y los investigadores tuvieron uno muy concreto: hacer progresar la ciencia a un ritmo más vivo. La connotación, como siempre, servía de aguijón para no quedarnos atrás.

Lo dicho explica la importancia que en seguida adquirió, tanto en el terreno objetivo (para la lingüística catalana) como en el terreno personal (para los que la cultivaban), que todos ellos pudieran hacer acto de presencia en los congresos internacionales, y llevar a ellos temas de catalán (si no en catalán, en otras lenguas, por razones de eficacia, a pesar de que tampoco quedaba siempre excluída la expresión en nuestra propia lengua). Y quien dice congresos, dice cursos y conferencias o las misceláneas de homenaje, etc. De todas las manifestaciones aludidas en bloque, pienso que conviene poner de relieve aquí el VIIº Congreso Internacional de Lingüística Románica, celebrado en nuestra Universidad de Barcelona en 1953. La lengua catalana resonaba en ella por primera vez —después del colapso— como lengua de ponencias y de discusiones científicas; la lengua catalana era el objeto preferente de estudio (en cumplimiento del acuerdo que había tomado el Comité Internacional); los tomos de actas fueron el testimonio resultante para la vida científica posterior. Este ejemplo confirma rotundamente el aspecto sobre manera connotado de la ciencia catalana durante los duros años del hundimiento y la recuperación.

f) Los últimos años

Como sabemos bien, nuestro cometido aquí es presentar unas muestras de la actitud científica que llamamos connotada. Unas muestras que, teniendo en cuenta que el tiempo tomado en consideración no está muy lejos de un siglo de duración, han de implicar forzosamente varias soluciones de continuidad. No podemos aspirar a revisar todos los periodos que figu-

rarían en una historia de la lingüística catalana moderna. No podemos aspirar a ello, ni nos interesa hacerlo ahora.

A continuación quisiera examinar qué ha ocurrido, en la dimensión que nos preocupa, durante los últimos años. A partir, más o menos, de 1960, cuando el libro catalán se veía nuevamente en la calle, cuando empezábamos a tener alguna publicación periódica, en suma, cuando la etapa más dura iba quedando atrás, y podíamos pensar en una nueva normalización de la lengua (más que por tener la institución que pudiera acometerla, porque se nos abrían ciertas posibilidades de obrar en este sentido), y sin que ello quiera decir, ni mucho menos, que no quedase una enorme tarea por realizar.

Pues bien, más o menos hacia 1960 hay que situar los esfuerzos que empieza a hacer la lingüística catalana por incorporar tendencias y métodos que ya se conocían y practicaban fuera de nuestro país. Como sabemos muy bien los universitarios, la ciencia se caracteriza por su incesante designio de superarse y de abrir caminos. Hasta entonces, debido a unos condicionamientos histórico-científicos (que venían de muy lejos) y a los condicionamientos político-culturales que antes hemos simbolizado con el nombre de «colapso», nuestra lingüística había tendido siempre a mejorar y extremar su rigor y su exigencia dentro de las metodologías tradicionales (la gramática histórica, la fonética, la dialectología, la lexicografía, la onomástica, etcétera). Más allá de nuestras fronteras, empero, la romanística acusaba la existencia de unos fermentos que, procedentes de la lingüística general (el inicio había sido el Primer Congreso de Lingüistas, reunido en 1928, en La Haya), agitaban las aguas más bien

tranquilas de la lingüística románica, en las que se infiltraban con el seductor nombre de estructuralismo.

A partir de 1960, pues, varios especialistas aplican al catalán las metodologías del estructuralismo (sobre todo con la teoría fonológica, pero también con el estructuralismo gramatical y la morfosintaxis). Creo que no es nada difícil detectar dos móviles en la incorporación del estructuralismo al catalán. El primero es un esfuerzo científico, típico de nuestra cultura, por el cual aspiramos a recoger o a reflejar (y, en definitiva, a asimilar), a medida que van apareciendo, todas aquellas novedades que inspiran credibilidad y que así permiten ensanchar el abanico de posibilidades en el estudio científico. El segundo móvil entra de pleno en las connotaciones de que hablamos aquí, y responde al deseo de poder proclamar: «¡Ya existe un estructuralismo catalán!». Si se me permite decirlo, yo, que viví el nacimiento de la vertiente estructuralista en la lingüística catalana, puedo afirmar que este segundo móvil tuvo en él un papel importante, incluso decisivo, lo cual no significa que el estructuralismo catalán tenga que carecer de solvencia científica, o que tenga que tener menos que cuando se le aplica a cualquier otra lengua. Ya lo hemos dicho reiteradamente: las connotaciones de que hablamos aquí son una actitud, y no presuponen nada, ni en favor ni en contra, del valor científico de los trabajos que acompañan.

A propósito del estructuralismo catalán, reapareció una connotación secundaria (de la que ya hablé antes), pero que, aun secundaria, arraigó profundamente: la emulación con respecto al ritmo y a la calidad de la aplicación al castellano de las doctrinas estructuralistas (y no sólo del estructuralismo, sino también del transformacionalismo y de la sociolingüística —ahora

mismo hablaré de estas otras dos novedades metodológicas, pero sin repetir dicha segunda connotación—). Es una emulación que se siente reforzada por el contraste entre una lingüística ayudada por las estructuras de la administración (y que, en cambio, a menudo camina con lentitud y presenta muchos altibajos) y una lingüística que tropieza con ingentes dificultades (y que, en cambio, se afana por vivir al ritmo de la lingüística internacional).

Otro aspecto de la incorporación al catalán de las nuevas corrientes de la lingüística es, como acabo de insinuar, el de la gramática generativa transformacional. Ahora se trata de una escuela que se ha presentado por todas partes con vivísimas connotaciones y agudos tonos polémicos, empezando ya por el propio Noam Chomsky, que armó un gran revuelo. También aquí (como decía a propósito del estructuralismo) habría que recordar los dos móviles que explican la introducción del transformacionalismo entre nosotros: el interés científico universal y la satisfacción de verificar que el catalán cuenta ya con una nueva metodología. Con todo, no será necesario glosarlos. Ahora bien, si, como decía, el transformacionalismo irrumpió por doquier con fuertes connotaciones (triunfalismo, prurito de polémicas, incesante revisionismo, etc.), es fácil de comprender que entre nosotros cobrara inmediatamente un notable vigor. Ayudó mucho a ello que se lanzara a la nueva posición científica el malogrado Gabriel Ferrater, en quien confluían unas condiciones intelectuales poco comunes y todas las connotaciones que yo me entretengo en analizar aquí, y que se había convertido en uno de los mentores de la escuela. La misma actitud comprometida se vuelve a encontrar, empero, en todos los que se afilian y trabajan en esa dimensión, compromiso que comprende

la encarnación en nuestra lengua. No hace mucho tiempo, durante la lectura de una tesis doctoral elaborada dentro del marco del transformacionalismo (y escrita y expuesta en catalán), al observar uno de los miembros del tribunal al doctorando que su obra era más propiamente de lingüística que de catalán, y que, por tanto, acaso no hubiera sido necesario redactarla en catalán, el interpelado dijo, por toda respuesta: «Es que es *por punto*, que he querido hacerla en catalán». Añadiré, todavía que, al margen de la popularidad que ha conocido últimamente la lingüística, antes inconcebible, las nuevas corrientes (como el estructuralismo y el transformacionalismo) han sido objeto de muchos trabajos de divulgación en nuestro país, aparecidos en revistas y publicaciones de carácter general. Cumpliendo esta función, los especialistas catalanes reemprendían el contacto con el pueblo culto, que siempre se ha interesado por las realizaciones obradas en el terreno científico, apoyando así a quien se encarga de ellas, y afirmando los lazos (de colaboración afectiva y de entendimiento humano) que siempre han existido entre los eruditos y la comunidad idiomática.

Si del estructuralismo y del transformacionalismo (que son métodos lingüísticos más bien abstractos, si ya no lo son totalmente), ya hemos podido afirmar que, al aplicarse al catalán, despiertan una sarta de connotaciones, ¿qué no habría que decir de la sociolingüística, ciencia que se ocupa de los problemas de uso de las lenguas?

En efecto, aquí pienso que sería perder el tiempo, si nos entretuviéramos demasiado mostrando cosas que son obvias. Sólo haré comentarios muy breves. De momento, sobre la introducción más bien tardía de la sociolingüística entre nosotros: aparecida en el

mundo científico poco después de 1950, la sociolingüística hubiera podido arraigar muy pronto en el dominio de la lengua catalana, que es —según parece— un caso muy singular dentro de la sociolingüística universal. Pese a ello, en los primeros tiempos, todo el mundo guardó silencio: aún estábamos en la época del colapso, los presuntos sociolingüistas se encontraban muy cerca de los hechos y no les hubiera sido fácil convertirlos en objetivo científico; y eso sin contar con que el resultado de sus eventuales trabajos (que debía contener, de una forma u otra, una estentórea denuncia de la situación) sólo habría traído complicaciones. El aplazamiento así obligado de una tarea científica, por razones extra-científicas; la aceleración del ritmo con que los catalanes recuperaron su conciencia de pueblo, y el fomento de una incipiente sociolingüística entre nosotros por parte de los especialistas forasteros, fueron tres factores que hicieron nacer, rápida y estrepitosamente, la sociolingüística catalana. En poco más de diez años la hemos visto constituida: pujante, solvente, comprometida. Este último calificativo, que surgiría espontáneamente de la pluma de cualquier observador objetivo y que a mí también se me ha escapado casi sin darme cuenta, me ahorra el tener que demostrar que, con la sociolingüística, volvemos a encontrar entre nosotros la ciencia más profundamente connotada. Esto, por otro lado, tiene muy amplio alcance: hoy es objeto de discusión, en los medios internacionales, si el sociolingüista puede permanecer indiferente ante los problemas de uso de una lengua o si, por el contrario, tiene que adoptar una actitud. Pues bien, si esto ya se toma así en consideración de una manera general (sólo teniendo en cuenta la naturaleza de la ciencia), ni hay que decir que ya ha quedado resuelto, y sin discusiones, por los sociolingüistas catalanes, en el sentido de que sí, que

ellos se sienten comprometidos ante los problemas de uso del catalán. Una vez más, y ahora con toda estridencia, registramos entre nosotros la lingüística connotada. A propósito de esto, espero que se me permita recordar que Joshua Fishman, destacado sociolingüista norteamericano, me dijo, en una ocasión: «En realidad, cada catalán debe de ser un sociolingüista, ¿no es eso?» (anécdota que ya conté y comenté en otro sitio).

La prueba más manifiesta de hasta qué punto los sociolingüistas catalanes se sienten comprometidos es su presencia en el ámbito de «Lengua» dentro del Congreso de Cultura Catalana, como también en la campaña por el uso oficial del catalán.

Es evidente que, si la lingüística más o menos abstracta ha llegado a interesar, entre nosotros, al hombre de la calle, la sociolingüística (que, por sí misma, incide más en el terreno de la cultura general) ha alcanzado verdaderamente la masa; esto se ve muy claro en el hecho de que la mayor parte de libros y publicaciones de sociolingüística catalana ven la luz en colecciones al alcance de todos. En una palabra, la sociolingüística catalana se siente comprometida con el pueblo, y, por su lado, el pueblo catalán da su apoyo a la sociolingüística.

4 — LA REALIDAD EVIDENTE

Antes dijimos que, de cara a la verificación de la hipótesis formulada, examinaríamos algunos hechos. Es lo que acabamos de hacer: hemos pasado revista de seis situaciones de la lingüística catalana, desde fines del siglo pasado hasta nuestros días. Aunque he procurado que los casos examinados fuesen harto representativos de la curva que nuestra ciencia describió en el transcurso de este largo período, es innegable que las situaciones escogidas hubieran podido ser otras. Con todo, me parece también innegable que cualquier otra selección, al querer ser mínimamente representativa, habría tenido que retener por lo menos la mitad de los hechos aducidos aquí. Igualmente me parece innegable que, examinados unos cuantos hechos escogidos con un criterio distinto del que hemos aplicado en las páginas anteriores, la conclusión que se desprendería de ellos coincidiría con la que pienso que ya establecerá todo el mundo partiendo de las seis situaciones presentadas, y que expreso a continuación.

En efecto, ahora ya no se trata de un solo ejemplo (el de Alcover y su diccionario); ahora, por la frecuencia y por la importancia de los casos examinados, tenemos que decir que en nuestro país la ciencia lingüística aparece habitualmente coloreada con variadas connotaciones de afectividad, que en vano buscaríamos, por lo menos de un modo tan acentuado, en las demás culturas.

Que la lingüística así producida es «ciencia», no parece que ofrezca duda: el vivo deseo de rigor, los solventes métodos aplicados, los serios resultados obtenidos, lo prueban con creces. Otro elemento podría corroborarlo, si fuese necesario: nuestra ciencia, modesta, pero con las mayores aspiraciones de ser verdaderamente «científica» (discúlpeleme la redundancia), ha visto que la romanística internacional (y, cuando ha sido la ocasión, la lingüística general o la sociolingüística) le concedían beligerancia, aceptaban el diálogo y la polémica con ella, y distinguían honrosamente a sus cultivadores. Todo ello no quiere en absoluto decir que, en la bibliografía científica que podemos exhibir, no existan trabajos poco serios. Pero, ¿qué bibliografía aparece limpia de una tal mancha?

Nuestra lingüística goza, pues, de un justo prestigio en cuanto a su valor científico. (Entre paréntesis: pido perdón por hacer una tal afirmación uno de los humildes peones de esta ciencia —el cual, por otro lado, sólo opera en un sector muy limitado, tanto del tiempo que hemos tomado en consideración aquí, como de la temática que ha desplegado nuestra ciencia—; después de todo, no debe de ser fuera de razón aceptar su juicio, establecido sobre datos objetivos). Ahora bien, la lingüística catalana, reconocida por doquier como ciencia, se suele presentar extrañamente, anómalamente, envuelta en considerables elementos afectivos. Las connotaciones señaladas antes, en el análisis de los hechos aducidos, se pueden agrupar como sigue:

- 1) El apoyo popular a las empresas científicas a que se lanza el país, naturalmente por obra de especialistas calificados. Entre nosotros, el pueblo culto nunca se ha sentido extraño al trabajo de los hombres

de ciencia, los cuales, a su vez, se dan cuenta de este lazo y lo acusan de variadas maneras.

2) En compensación, el trabajo científico hecho de cara a la comunidad, ya sea por razón de que ésta carece de algo que la ciencia le puede suministrar (como en el caso de la ortografía), ya sea con el objeto de que la propia comunidad esté informada de lo que hacen los científicos (condición indispensable para que existan interés y solidaridad mutuos —en especial en períodos críticos—).

3) En relación con la anterior, una profunda voluntad de servicio a la lengua, y, por la lengua, al pueblo. Así el pueblo toma conciencia de que, en el conjunto de cuantos lo constituyen, ya hay quien se preocupa de aquello que incide en un aspecto esencial, el de la lengua. Así, por otro lado, dicha voluntad es factor de distinción y de orientación de las vocaciones personales que surgen de todos los estratos socioculturales del mismo pueblo.

4) El afán de presencia de los catalanes en las múltiples escuelas y métodos de la lingüística, esto es, el afán de incorporarlos al estudio científico de la lengua catalana. Inseparable de la satisfacción que los lingüistas catalanes experimentan con ello. Es un afán que corresponde a una especie de necesidad de afirmar la propia existencia, como si de este modo se quisiera consolidar la vida, no sólo de la ciencia catalana, sino sobre todo del pueblo que la apoya. Ocasionalmente, esta connotación ha actuado de válvula de escape, en forma de aceleración del tipo de trabajo.

5) La promoción del uso del catalán en su calidad de lengua de expresión científica, en los congre-

tos y en las publicaciones internacionales de lingüística. Se trata de una acción de los hombres de ciencia que se sienten al propio tiempo patriotas, y que no por azar coincide con las acciones que sistemáticamente han emprendido siempre las minorías responsables del país, las cuales han vertebrado la afirmación nacional en torno del uso generalizado de la lengua. Dichas acciones aparecen en íntima relación con la llamada «normalización del idioma».

6) Un deseo, profundamente sentido, de defensa de la lengua catalana, rodeada de peligros, que lleva a una emulación con respecto a la lingüística castellana, por disponer ésta de ayuda material y de protección moral por parte de las estructuras administrativas y políticas del estado. El mencionado deseo implica una denuncia, no siempre confesada, de la desigualdad del trato que reciben ambas lenguas (la castellana y la catalana), pensando sobre todo en nuestra cultura, que ha tenido que hacérselo todo.

7) En relación con la anterior, la conciencia de que todas las dificultades que hay que vencer sólo pueden actuar de aguijón para no quedarse atrás, entendiéndose eso de «no quedarse atrás» tanto en el sentido de mantenerse al corriente en cuanto a la ciencia universal (en la bibliografía, en los temas y en los métodos), como en el sentido de no abandonar nunca la tarea de realizarse plenamente como pueblo (cosa que, en el caso de los lingüistas, significa empujar sin parar la normalización de la lengua).

Hemos examinado, primero, algunos hechos, y, ahora últimamente, las connotaciones en ellos detectadas. Parece que la hipótesis formulada al principio queda satisfactoriamente verificada: la lingüística ca-

talana es científica, pero se ve al propio tiempo incitada y sostenida por unos apasionamientos y unos intereses colectivos que hacen de ella un caso muy particular en la ciencia universal.

Quizás alguien objetará que la situación descrita no es tan exclusiva del catalán como parece desprenderse de nuestras afirmaciones. Mirémoslo. Desde el ángulo de las personas, el intelectual suele vivir por doquier en tensión, porque se siente solidario de los problemas de la sociedad en la que se halla inmerso. Esto es cierto. Pero no hemos de olvidar que los intelectuales y los hombres de ciencia catalanes, además de su preocupación por los problemas generales de cada momento, siempre tienen un factor más, para vivir en tensión: el de su preocupación por los problemas de la sociedad que los rodea de una manera más inmediata, sociedad que, a pesar de sus esfuerzos, no consigue realizarse por completo. Se trata, pues, de una circunstancia que hace, de estos intelectuales, por lo menos unos hombres doblemente preocupados.

Mirémoslo, ahora, desde el ángulo de las cosas. En todas partes se separa la «ciencia» de los «valores patrióticos». Tal vez si que hay algunos casos de interferencia entre ambos tipos de valores. Es lo que ocurre, hoy, en muchos países, en donde ha surgido una reacción contra la introducción de un alud de anglicismos (o americanismos) que tienden a meterse en la lengua propia en crudo (es decir, sin pasar por los canales que toda lengua posee para la formación de palabras nuevas: composición, derivación, etc.). Esto crea un grave problema para las lenguas románicas, y ya se han creado instituciones para defenderse. Realmente, ésta es una buena muestra de ciencia connotada, cuya

existencia nos consta, por ejemplo, en Francia (cosa que puede originar campañas de prensa, conferencias de divulgación, sesiones especiales en las escuelas, etcétera). Pero la misma claridad del ejemplo aducido nos hace ver que, puertas adentro de los distintos países, acciones connotadas de defensa son inconcebibles, simplemente por innecesarias: el normal funcionamiento de la escuela y de los medios de comunicación social harían redundantes una serie de medidas que, en cambio, en nuestro país han significado algo esencial: la sensibilización de las masas en cuanto al uso de la lengua, las acciones subsidiarias en el terreno de la enseñanza, las campañas por obtener publicaciones o unos espacios en la radio o en la televisión, y otras muchas, que, para nosotros, han sido cuestión de ser o no ser, son inimaginables en el caso de cualquier lengua que posea el rango de oficial o nacional dentro de su país.

No, no es exagerado afirmar que la lingüística catalana, al tener por objetivo una lengua que vive sometida a unos condicionamientos extremadamente duros, constituye un caso muy particular dentro de la ciencia universal. La lingüística catalana había de ser connotada o, simplemente, no podía ser.

Esto explica una serie de realidades, que en vano buscaríamos en otros países y que, entre nosotros, todo el mundo ha considerado normales (algunas ya las he citado antes; otras salen ahora por primera vez, y otras muchas se podrían mencionar), como son: el clima de las discusiones sobre la ortografía, de fines del siglo pasado; el fenómeno, al mismo tiempo científico y humano, del «Congrés de la Llengua Catalana» de 1906; la popularidad de la normativización gramatical; la existencia de los «Congressos de Metges de Llen-

gua Catalana» (1913-1936), que se acaban de reemprender en el presente año en Perpiñán, así como los de «Arquitectes de Llengua Catalana» (1932-1935); hoy mismo, el hecho de que la inmensa mayoría de las realizaciones en el terreno de la cultura específicamente catalana (desde la ayuda a la alta investigación hasta la enseñanza más rudimentaria de la lengua en los suburbios de Barcelona) se financien por suscripción popular, mediante una asociación que tiene millares y millares de socios por todo el país; o, aun hoy, las curiosas instituciones que son la «Universitat Catalana d'Estiu» o el «Congrés de Cultura Catalana»...

Es una realidad evidente: la lingüística catalana está indefectiblemente comprometida, y el cuerpo social de la lengua, que se da cuenta, apoya su compromiso.

5 — LAS CAUSAS

Al proyectar el sumario del presente trabajo, me pareció, no sólo adecuado, sino indispensable que, enunciada la hipótesis, y después de presentar y comentar algunos hechos, que nos han permitido hablar de una realidad evidente, dedicara un capítulo a considerar las causas que pueden dar razón de la situación examinada.

No obstante, ahora que me dispongo a cumplir dicho propósito, me doy cuenta de que las causas de la particularidad que ofrece la lingüística catalana o bien son tan obvias que no es necesario explicitarlas o bien han ido apareciendo ya a medida que presentábamos dicha particularidad. Como, por otro lado, es más correcto no dejar de tratar de las causas, decido hablar de ellas, ni que sea, por las razones expuestas, sin profundizar demasiado. Las reduciré a cuatro, dos sobre la realidad histórica, y otras dos sobre la reacción que el país opone a aquélla.

a) Las lenguas en contacto

La sociolingüística, al recoger el tema tradicional del bilingüismo, ha establecido un concepto, el de «lenguas en contacto», de base sociocultural, que nos ha de ayudar en nuestro cometido. Así, cuando hablamos de dos lenguas en contacto, no nos referimos al hecho de que una persona posea dos lenguas (que conoce con

la misma perfección y que emplea indistintamente), sino que entendemos que ambas lenguas cumplen funciones diferentes al ser empleadas por una misma persona. Esta persona, que, en rigor, es monolingüe, se ve coaccionada a valerse de otra lengua en una serie de ocasiones fijas, justamente las que se consideran de más categoría desde un punto de vista cultural. De aquí la diferencia de nivel sociocultural entre la lengua A (o alta) y la lengua B (o baja). Aquélla es la de los usos escritos, de las ocasiones solemnes, la de la escuela y de la cultura; ésta es la de los usos hablados, la de andar por casa, la de la familia y del sentimiento. Fácilmente se echa de ver que el concepto de «lenguas en contacto» implica al mismo tiempo uso contrapuesto (cuando se usa A no se podría usar B) y nivel jerárquico (A = usos elevados/B = usos corrientes), y es el resultado de la imposición de una lengua oficial (A) sobre una lengua natural (B). Pues bien, ésta es la situación en que, desde el siglo XVIII, se encuentra el catalán (como lengua B) con respecto al castellano oficial (que tiene el papel de lengua A).

Sin embargo, la duplicidad de funciones (lengua A/ lengua B), que también llamamos «diglosia», no llegaría a explicar por sí sola que la lingüística catalana moderna esté connotada de afectividad. La verdadera causa estriba en que dicha duplicidad o «diglosia», que se había aceptado de hecho (esto es, sin que la sociedad catalano-hablante tuviera conciencia de su gravedad) durante un siglo largo, se vio rehusada, a partir de un momento dado, por los que la sufrían. Esto ocurrió a mediados del siglo pasado, por iniciativa, de momento, de un reducido número de hombres de letras. Pero la empresa pronto se difundió por el pueblo, que, hacia 1900, estaba sensibilizado y adherido al movimiento por la lengua. La normalización de la lengua

estaba lanzada, y ya nada la detendría. Y nada la detuvo. Pero la propia normalización comprometió todo lo que se relacionaba con ella misma, y de modo primordial comprometió el estudio científico de la lengua, que así quedaba profundamente afectado por dicha actitud de compromiso. Primera causa, pues: la diglosia no aceptada por la sociedad catalano-hablante.

b) La falta de instrumentos

La segunda causa es una consecuencia de la primera. Una lengua no oficial suele carecer de organismos adecuados para realizarse y para llevar a término empresas culturales específicas. Por otro lado, la verdad es que, lo más a menudo, una lengua no oficial no siente la necesidad de organismos de esta naturaleza, ya que sus usuarios se han resignado, más o menos conscientemente, a su situación de diglosia, y, aunque quieran de modo entrañable la lengua propia, no la conciben sino como lengua B (= baja), aceptando la lengua oficial para los usos escritos y en su calidad de vehículo de cultura. El catalán, sin embargo, se rebeló contra la suerte que se le había impuesto, y empezó a luchar por obtener la universalidad de expresiones idiomáticas (A + B) en la propia lengua. Siempre se lucha por obtener lo que aun no se tiene; si no, no se lucharía. El catalán, que quería desembarazarse de la diglosia, empezó a luchar, viviendo todavía y debatiéndose en una situación de diglosia. Esta es, precisamente, la razón de una fuerte tensión en catalán, porque se produce en su seno una contradicción entre la diglosia (que significa resignarse a que la lengua propia carezca de categoría cultural) y la voluntad colectiva (que exige que la lengua propia tenga categoría cultural).

La diglosia no aceptada por la sociedad catalano-hablante implicaba lanzarse a empresas de toda índole, y, por tanto, a la de hacer del catalán una lengua de cultura. Ahora bien, esto requiere unos instrumentos, en forma de instituciones adecuadas y de medios económicos suficientes. Y aquí viene la segunda causa de las connotaciones de la ciencia catalana: la obra cultural realizada se llevó a cabo, en gran parte, bajo la doble tensión de crear unos instrumentos y de hacer cultura sin poseerlos todavía.

No será necesario mencionar hechos conocidos. Durante el siglo transcurrido paralelamente a los progresos de la normalización del catalán, ha habido, por un lado, las instituciones del estado dentro del dominio lingüístico catalán (por ejemplo, la Universidad), que, en general, se han desentendido bastante de nuestra cultura específica; es fácil de comprobarlo por el contraste que significó la actuación de la Universidad Autónoma (1932-1939), plenamente integrada en la cultura catalana; también es fácil de comprobarlo, por el contraste que significa la línea emprendida últimamente por nuestras Universidades, una de cuyas manifestaciones es precisamente el acto de hoy. Son dos excepciones que confirman la regla. En general, ciertamente, las instituciones estatales se han quedado al margen de la cultura catalana.

Ha habido, por otro lado, las instituciones creadas por nosotros. Por nosotros y sin apoyarse, por tanto, en bases económicas suficientes, o apoyándose en menudadas subvenciones de las corporaciones públicas locales, o en el mecenazgo particular, que, por generoso que sea, nunca puede suplir los recursos de un presupuesto de estado. Situación precaria que se unía a una

falta de seguridad jurídica y a la supeditación de todo el conjunto, incluso en sus aspectos sólo culturales, a los cambiantes y alternados condicionamientos políticos. Ni hay que decir hasta qué punto, debido a los factores mencionados, la cultura y la ciencia producidas entre nosotros no pueden ser como las que se hacen en cualquier otro país.

El propio Institut d'Estudis Catalans, que, como sabemos, siempre representó el esfuerzo por hacer ciencia bien objetiva, es uno de los mejores ejemplos, como institución, de la tensión por sobrevivir, a pesar de ingentes dificultades. Y resulta que, ahora que el Institut se acerca a sus setenta años de vida, hace pocos meses tuvimos que escuchar, de los labios de la primera figura de la administración española en el terreno de la educación, en unas declaraciones hechas a la prensa barcelonesa, que había que resolver la legalización del Institut...

c) Los grandes estados colectivos.

He anunciado, antes, que establecería dos causas sobre la realidad histórica (que acabamos de ver) y otras dos sobre la reacción que el país opone a aquella realidad (que vamos a ver en lo que sigue). Tengo que decir, empero, que, como siempre, las cosas se encalban, y, de hecho, hemos aducido ya, a propósito de las dos primeras causas, muestras de la reacción ante la llamada realidad histórica. La tercera causa, que he titulado «los grandes estados colectivos», es la manifestación, a menudo estridente, de algo mantenido con tenacidad, la «entereza popular» (que es la cuarta causa).

Parece que todos los pueblos tienen necesidad de vivir momentos de vibración colectiva. Muy bien que lo saben los políticos, que procuran canalizarlos. Ahora bien, hay unos pueblos para los cuales esa necesidad es aún más perentoria: son los pueblos que, como el nuestro, se sienten faltados de algún aspecto para conseguir su plena realización como pueblos.

No se trata ahora de inventariar los grandes estados colectivos que ha vivido nuestro pueblo en el transcurso de los últimos cien años, ni mucho menos. Bastará con registrar el hecho, cosa que acabo de hacer, y mencionar algunos ejemplos, pero sin describirlos. Es importante que pongamos en relación los ejemplos con el proceso general de la normalización de la lengua y con las correspondientes situaciones de lingüística connotada que antes examinábamos, ya que, si es cierto que los ejemplos que citaré no tienen nada que ver, en su mayoría, con la investigación lingüística, en cambio son exponente de una vibración popular que favorecía, entre otras, las iniciativas que giraban alrededor del tema de la lengua.

Ejemplos: A] De las épocas de euforia: 1) el «Primer Congrés Internacional de la Llengua Catalana», Barcelona, octubre de 1906 (con 3.000 inscripciones); 2) el movimiento político de la «Solidaritat Catalana», Barcelona, 1906 (a la gran manifestación de la Solidaritat asistieron 200.000 personas); 3) entierro de Angel Guimerà, Barcelona (tuvo lugar en julio de 1924, y, como se sabe, congregó millares de ciudadanos que le tributaban homenaje); 4) manifestación con motivo de la aprobación del Estatuto de Autonomía de Cataluña, Barcelona, septiembre de 1932 (que reunió una enorme multitud en la Plaza de San Jaime y calles adyacentes). B] De la época del colapso: 1) la obra

de la «Comissió Abat Oliva», que devolvió a mucha gente la fe en el país, y que culminó en Montserrat, en 1947, con más de 100.000 asistentes; 2) la campaña de las solicitudes al Vice-Presidente del Gobierno, sobre enseñanza y medios de comunicación social en catalán, con más de 10.000 instancias (1963); 3) centenares de actos públicos por todos los territorios de lengua catalana, con motivo del año Fabra, que sensibilizaron a varios millares de personas (1968); 4) el manifiesto sobre la catalanidad lingüística del País Valenciano, que firmaron 35.000 personas (Valencia 1975). C] Dos ejemplos de la actualidad: 1) el Congreso de Cultura Catalana (convocado en 1975), que en un año se ha convertido en un notable fermento de sensibilización de la masa, incluso entre inmigrantes; 2) la expectación ante el primer número del diario *Avui* (23 abril 1976), agotado casi en el momento de aparecer, del que, según cálculos hechos después, hubiera habido que hacer una tirada de 200.000 ejemplares (y que se reimprimió dos meses más tarde, para satisfacer la demanda).

No es difícil de imaginar que los hombres de ciencia no podían permanecer indiferentes (en 1906, ni en 1924, ni en 1963 —como tampoco pueden permanecer hoy—), ante el clamor del pueblo, en el momento de hacer trabajos de investigación lingüística.

d) La entereza popular

Decía, hace un momento, que los grandes estados colectivos son la manifestación, a menudo estridente, de algo mantenido con tenacidad, día tras día, durante largos años, incluso durante más de un siglo. En efecto, el clamor del pueblo, que se deja oír de vez en

cuando, es un grito de alerta, dado con espectacularidad. Ahora bien, todos esos gritos de alerta serían agua de borrajas si no existiese una firme y robusta compleción humana, permanentemente alimentada por la voluntad de sobrevivir, compartida con unanimidad por todo un pueblo.

He aquí la respuesta más eficaz de los catalano-hablantes al doloroso destino que la historia les había deparado: mantenerse fieles, sorprendente, universal, trágicamente fieles a su verbo nacional. Cada pueblo posee unas cuantas notas características que permiten identificarlo, cada una de las cuales podría sintetizar el modo de ser colectivo, en cada una de las cuales la comunidad podría cifrar la interpretación que se da de sí misma. Los catalanes hubieran podido verse autorretratados en aquéllos que veneran las glorias de su pasado medieval (y, ciertamente, siempre han sido muy dados a recordarlas), o bien en aquéllos que quieren y fomentan el progreso industrial y comercial (y, de puertas afuera, no falta quien tenga de ellos esta primera imagen), o bien, todavía, en aquéllos que se saben poseedores de un folklore y de unas tradiciones que denotan una acusada personalidad, como bailar sardanas, ponerse barretina o beber en porrón (y muchos se complacen en presentarse así, cuando quieren hacerlo de una manera jocosa). No. Sin renegar de ninguna de las características mencionadas, y asumiéndolas todas, los catalanes han cifrado su quinta esencia en la lengua: en la adhesión a la lengua, en la pasión porque la lengua sobreviva y se realice, en la fruición que sienten al emplearla, etc.

Teniendo en cuenta que la lengua es, para ellos, el rasgo primordial para identificarse, si la lengua sufre amputaciones, o tropieza con dificultades, o se siente

menoscabada, si la lengua, en una palabra, ha de vivir en tensión para realizarse, es toda la masa de los catalano-hablantes que vive en tensión. La tensión se propaga, entonces, a la cultura de expresión catalana.

Va sin decir, pues, que la lingüística catalana —por objetivas que sean sus aportaciones a la lingüística románica y a la lingüística general— tiene una infraestructura que determina sus connotaciones afectivas, expuestas antes. Por su parte, el lingüista catalán interpreta que la manera de manifestar su adhesión a la lengua (adhesión que comparte con cuantos se valen del mismo medio de expresión) es, naturalmente, cultivar esa lingüística catalana, cosa que no podría hacer sin las connotaciones del caso, ahora puestas en evidencia desde el lado subjetivo.

6 — LA PASION ES CONTAGIOSA

No consideraría completa la presente exposición si no dedicáramos atención en ella a un fenómeno, en cierto modo ya no esencial, pero que no deja de ser importante, tanto en sí mismo como porque suministra una nueva prueba de las connotaciones de la lingüística catalana: la pasión que explica nuestros trabajos de lingüística, incluso los más solventes, se comunica a todos los profesionales forasteros que, habiendo cursado determinadas enseñanzas de catalán (a menudo con el objeto de completar los cuadros de materias de una carrera universitaria de hispanística), se acercan un día a nuestro país y toman contacto más íntimo con sus gentes y con sus problemas. Pronto todos estos extranjeros se convierten en unos apasionados. En una palabra, que el mal se contagia. Además, como el de los nativos, es un mal incurable.

Como siempre, escojo algunas muestras que hagan patente el fenómeno enunciado. De momento, es bien sabido que los europeos de cultura media, cuando conocen la situación actual y algo de las peripecias que ha tenido que vivir el catalán, se sienten interesados y no ocultan su simpatía y su adhesión cordial a nuestra lengua. Lo prueban muchos turistas, que vienen, no sólo a veranear, sino a conocer. Lo prueban conversaciones que todos hemos tenido, casi por azar, viajando por distintos países. Lo prueban, también, los Juegos Florales («Jocs Florals») en el exilio después de 1939, que no sólo han sido acogidos por doquier por

universitarios conocedores, incluso especialistas de nuestra cultura, sino que siempre han encontrado el calor de muchas personas, que se manifiestan simpatizantes y admiradores suyos. Lo prueban, todavía, los éxitos clamorosos de los recitales dados en varios países por nuestros cantantes, pese a que sólo canten en catalán y precisamente porque sólo cantan en catalán.

Las pruebas que acabamos de ver vienen a ser el paralelo de aquello que, antes, refiriéndonos a nuestro propio país, presentábamos como la vertiente popular, que actuaba de sostén y al mismo tiempo de enlace con las actividades científicas, las cuales resultaban inseparables de aquélla. Vale la pena de que ahora pasemos a dar ejemplos de los círculos más especializados.

El primer ejemplo que se le ocurrirá a todo el mundo es el de Bernhard Schädel, el romanista alemán que vino al Congreso de 1906, y que tanto hizo sentir su influencia en él, como también influyó sobre Alcover y quienes, con él, intentaban organizar las cosas en el terreno de la lingüística y de la dialectología. Schädel, lleno de interés por el catalán, bullía en ideas para promover su cultivo, como lengua y como objetivo científico, y las concretó en tres puntos: 1) había que disponer de un organismo que ejerciera las funciones de academia de la lengua, con poder decisorio en la materia (poco después se fundaba el Institut d'Estudis Catalans, que cumplió —y sigue cumpliendo— ese cometido); 2) había que emprender un atlas lingüístico de los territorios de la lengua catalana, con el fin de conocer las particularidades de todos sus dialectos y hablas locales (poco después A. Griera acometía la preparación del *Atlas Lingüístic de Catalunya*,

con el que aspiraba a llenar el vacío), y 3) había que tener un equipo de especialistas preparados en las disciplinas de la romanística, por lo que él se ofrecía a hacer de mentor de jóvenes pensionados que se desplazarían a Alemania (poco después la Diputación Provincial de Barcelona enviaba a Pere Barnils, Antoni Griera y Manuel de Montoliu a Alemania, a estudiar lingüística y filología románica). La aportación de Schädel al lanzamiento de nuestras empresas, tan eficaz y (¿por qué no decirlo con la palabra justa?) tan apasionada, no acabó aquí. Indicaré únicamente otra manifestación: en aquellos años, Schädel escribió y publicó, en catalán, el primer *Manual de Fonètica Catalana* (aparecido en Alemania, en 1908), que fue, para vergüenza nuestra, durante largo tiempo, el único inventario de sonidos del catalán. Buen romanista y buen fonetista, Schädel conocía, sin embargo, muy imperfectamente nuestra lengua, para hacer ni más ni menos que una introducción a su fonética mínimamente correcta. Con todo, la hizo, y yo siempre vi ahí un paladino ejemplo de una actitud, de aquello que aquí llamamos «ciencia connotada». Las connotaciones serían «tiene que haber una fonética catalana», «hay que animar a los lingüistas catalanes», «así se considerará más el catalán», etcétera.

El Congreso de 1906 vivió bastantes momentos de vibración colectiva. Basta con repasar las actas, que contienen los discursos, a menudo encendidos, de las sesiones inaugural y de clausura (y de otras reuniones plenarias), cuyos autores muchas veces no eran catalanes. Allí obtuvo un gran triunfo J. Saroïhandy, quien recorría entonces los valles pirenaicos, estudiando las hablas correspondientes, y que se dirigió en catalán a los congresistas...

En 1909 se constituyó la «Société de Dialectologie Romane», cuyo impulsor fue el propio B. Schädel. A. Alcover representaba el dominio lingüístico catalán en su consejo directivo, y ya, desde entonces, nuestra lengua siempre se ha tomado en consideración en todos los organismos que se han ido sucediendo para lograr una vida corporativa de la lingüística románica.

En 1925 aparecía en Heidelberg el libro *Das Katalanische* de Wilhelm Meyer-Lübke. Poderosos elementos de connotación habían intervenido en su gestación (dificultades de la vida en la Alemania de después de la guerra europea —1914-1918—, relaciones de amistad que hicieron residir al autor en Cataluña durante un tiempo, etc.); además, con este libro, Meyer-Lübke tomaba partido ante un tema (la posición del catalán entre el occitano y las lenguas peninsulares), que nadie veía muy claro, pero que, según él, era tan diáfano («el catalán era una lengua independiente, pero de estructura galorrománica»), que nada ni nadie le disuadiría de ello. A la obra de Meyer-Lübke, que ya veía la luz bajo unos condicionamientos determinados, siguió, pocos meses después, el libro *Orígenes del español*, de R. Menéndez Pidal (1926), en el que se defendía una tesis opuesta («el catalán pertenece al grupo lingüístico iberorrománico, en donde ocupa un sitio en armonía con las otras lenguas del grupo»). El hecho de que dos grandes romanistas hubiesen emitido, casi simultáneamente, sendas opiniones, opuestas una con respecto a la otra, sobre un tema todavía no resuelto por completo, suscitó una viva polémica, que, iniciada en el mismo año 1926, se mantuvo muy intensa durante cuatro años, por más que en 1940 todavía respiraba, y ni siquiera hoy podemos decir que esté totalmente extinguida. Dicha polémica, al dividir a los lingüistas entre galorromanistas e iberorromanistas del catalán,

provocó que, al mismo tiempo, éstos pusieran en juego prejuicios, posiciones de escuela y simpatías o antipatías, hasta el punto de que se constituyó un conjunto de trabajos profundamente connotados, que ahora no puedo analizar en detalle, pero que nos suministran una nueva muestra de una actitud con respecto al estudio científico del catalán por parte de los romanistas no catalanes.

Hay otro ejemplo que encuentro altamente significativo. Aunque yo me tengo que citar en él de modo muy destacado (cosa que me desagrada y que me hace pedir perdón a cuantos llegue su relato), no quiero dejar de insertarlo aquí, justamente porque, como digo, me parece tan significativo.

La «Société de Linguistique Romane» (que es el organismo internacional de la romanística, responsable de los congresos, etc.), tal como funcionaba desde que reemprendió sus actividades después de la segunda guerra mundial, había adoptado, de hecho, el criterio de elegir sistemáticamente, para los primeros puestos —presidencia, vice-presidencias—, a romanistas de gran prestigio y de edad avanzada; de hecho, y de modo no menos sistemático, también se reelegía a todos ellos en sus puestos, que conservaban hasta que la muerte se los arrebatava o hasta que ellos mismos renunciaban por imposibilidad física. Esta tradición se mantuvo hasta 1965. En efecto, de cara al Congreso de 1965, un grupo de romanistas jóvenes promovió una modificación de los criterios hasta entonces adoptados. Sin que en su actitud hubiera que entender el más pequeño menosprecio para con los miembros de más edad (a los que la Société siempre podía honrar, haciéndolos de su Comité de Honor, por ejemplo), los jóvenes mencionados querían proponer a un colega más joven

para la presidencia. Pues bien, con gran sorpresa por mi parte, decidieron proponerme a mí para presidente, cuando, en la Société, había docenas de personas, con más méritos científicos, para ser propuestas. S  , de momento, esto fue una gran sorpresa para mí. Después, empero, me di cuenta de la causa profunda de mi promoción: la propuesta era un homenaje a la lengua catalana, que siempre recibí muestras de simpatía en el seno de la «Société de Linguistique Romane», homenaje que, teniendo que concretarse en alguien determinado, recaía sobre mí, por una serie de razones.

De todos modos, será mejor que nos fijemos en muestras más directamente procedentes de actitudes personales de romanistas extranjeros. Pienso, por ejemplo, en el primer Coloquio de Catalán (Estrasburgo 1968). Conservo testimonios escritos del impacto que dicha reunión produjo en algunos romanistas, que ratificaron así su decisión de dedicarse a nuestra lengua. En este sentido el Coloquio de Estrasburgo cumplió la misión de sensibilizar y de integrar nuevos elementos a la catalanística, misión que en otras ocasiones va a cargo de un profesor, de una lectura, de un viaje a los Países Catalanes, etc. Las adhesiones así ganadas suelen ser definitivas y de un fidelidad a toda prueba.

Acaso alguien objete que las consideraciones que acabo de hacer podrían aplicarse igualmente a la hispanística, que en su acepción más corriente —y no la más justa, por cierto— reúne a los romanistas extranjeros que cultivan sobre todo la lengua y la literatura castellanas (y, apurando, también el portugués). A pesar de que, en parte, la objección no carecería de fundamento (recuérdese tan sólo la ejemplar, fiel y absoluta dedicación de buen número de hispanistas), mantengo, no obstante, la distinción hecha: los eruditos extranje-

ros que se consagran al catalán quedan marcados con una señal indeleble (en forma de una adhesión entrañable a toda la comunidad catalano-hablante y a su problemática), una especie de señal específica, que nunca se confundirá con la que distingue a los hispanistas más abnegados y más cordiales. Como se trata de una sutileza más difícil de explicar que de percibir, creo que me ayudarán a hacerme entender un testimonio escrito (y escrito por un catalanófilo), así como la ocasión en que se escribió dicho testimonio y el contraste que él mismo evoca. Me explicaré. En la Gran Bretaña existen «The Anglo-Catalan Society» (desde 1954) y la Asociación de Hispanistas de la Gran Bretaña e Irlanda (fundada en 1955), la primera de las cuales celebró, en 1975, no sin una cierta ironía típicamente británica, el momento en que llegaba a ser mayor de edad, por haber cumplido veintinueve años de vida. Con este motivo, el *Bulletin of Hispanic Studies* de Liverpool (vol. LIII, núm. 2, abril de 1976), publicó dos artículos conmemorativos, uno sobre la Asociación de Hispanistas y el otro sobre «The Anglo-Catalan Society», el último, firmado por Robert D.F. Pring-Mill. Pues bien, éste, en el mismo comienzo de su artículo, al comparar ambas asociaciones, se apresura a decir que hay entre ellas una diferencia importante: mientras la Asociación de Hispanistas está constituida exclusivamente por universitarios, «The Anglo-Catalan Society» tendió siempre a aglutinar, con universitarios y académicos, tanto los catalanes residentes en la Gran Bretaña, como gentes de otros países y de cualquier profesión, en la medida en que se sintieran interesados por la lengua, la historia y la cultura catalanas. Volvemos a encontrar —ahora entre extranjeros— la necesidad de contar con el pueblo, soporte de una lengua y de una cultura que carecerían de justificación si quedaban al margen de la comunidad. Espero que

los comentarios precedentes habrán aclarado hasta qué punto la catalanística se siente —como los hombres de ciencia nativos— comprometida con la colectividad, en unas proporciones que desconoce la llamada hispanística.

La historia se repite, si comparamos ahora la «Asociación Internacional de Hispanistas» y la «Associació Internacional de Llengua i Literatura Catalanes» (AILLC). Esta, concebida como una institución abierta a todos los interesados, se constituyó oficialmente en Cambridge, en 1973 (con motivo del III Coloquio de Catalán), habiendo recogido el espíritu y la orientación de los dos Coloquios anteriores (Estrasburgo, 1968; Amsterdam, 1970), y nos ofrece un nuevo ejemplo, elocuente e impresionante, de las connotaciones de la ciencia catalana y de su compromiso con la comunidad, manifestados, todavía otra vez, no sin una cierta tensión (por otro lado, inevitable), en el último Coloquio celebrado (Basilea, 1976).

Aunque sea descendiendo a un argumento muy material, la diferencia de actitud entre los que cultivan la hispanística y los que se dedican a la catalanística se pone más de manifiesto en el hecho de que aquéllos suelen disponer, en sus países, de una serie de puestos de trabajo, porque la enseñanza del español (o, eventualmente, del portugués) están instituídas, mientras que éstos sólo en una mínima parte (y, en muchas tierras, ni eso siquiera) pueden contar con ello, de modo que los catalanófilos se colocan en otros sitios (sin excluir los de profesores de español). Como decía, es un argumento muy material, pero, en calidad de tal, muy contundente: la catalanística se nutre de personas idealistas, que la cultivan por amor al arte. Esta es su connotación, muy afín a las más típicas de nuestro país.

Por fin, entre los extranjeros que vienen a nuestro país, nos conocen y nos quieren, y, porque nos quieren, se identifican con toda nuestra problemática, habrá que incluir, a partir de ahora, a los sociolingüistas. Cultivadores de la ciencia que se ocupa de los aspectos y de los problemas de uso de las lenguas, los sociolingüistas se dan cuenta de que el catalán les ofrece unos fascinantes temas de trabajo. Lanzados a su estudio, no resisten la tentación de tomar partido sobre el «caso del catalán», y —sin dejar de ser hombres de ciencia— se convierten en apasionados suyos, y ya nunca jamás se echarán atrás.

Sin duda, ya: las connotaciones afectivas que acompañan indefectiblemente la ciencia catalana son un mal contagioso.

7 — CONCLUSION Y PERSPECTIVAS

Al empezar, y partiendo de una afirmación que yo mismo había hecho más de una vez, en otros sitios, hemos formulado una hipótesis. En función de la hipótesis formulada, hemos examinado algunos hechos, que nos han revelado una realidad evidente: que la lingüística catalana aparece sistemáticamente connotada. Hemos intentado dilucidar sus causas, y, después aun hemos observado que el modo de ser de nuestra lingüística tiene una fuerza singular que se contagia a los forasteros.

Ante la situación descrita, creo que nadie vacilaría en sacar la conclusión de que —tal como fueron las cosas antes, y tal como siguen siendo hoy— en nuestro país no es posible llevar a término ninguna actividad científica que no cuente con el apoyo de la comunidad hablante, la cual, a su vez, sabe que los que realizan cualquier trabajo de investigación no la olvidan, antes bien la consideran como pieza indispensable. Ello quiere decir que hay un doble movimiento (apoyo del pueblo a la investigación, atención de la investigación en el pueblo), que, si no se materializa siempre en datos conocidos (por falta de información, de conocimientos, etc.), supone una especie de acuerdo tácito, un lazo genérico por el que se comunican la investigación y el pueblo culto. Aplicándolo a la dimensión personal, esto significa que, entre nosotros, el hombre de ciencia no puede permanecer indiferente

con respecto a la comunidad a cuya lengua él consagra sus esfuerzos.

Esta actitud es la que se desprende de los hechos examinados antes: seis épocas o empresas o aspectos de la lingüística catalana, desde fines del siglo pasado hasta nuestros días. Ni siquiera la ciencia que puede parecer más desligada, por su contenido, deja de ser elaborada de acuerdo con la actitud de compromiso con el cuerpo social de la lengua.

Siendo así las cosas, y en este capítulo de conclusiones y perspectivas, uno se pregunta de nuevo: ¿es posible una lingüística catalana objetiva?

Ya sabemos que no hay ciencia que no sea objetiva. La cuestión ha salido a menudo, en las páginas anteriores. Pero siempre la hemos resuelto del mismo modo: cuando hablamos de «ciencia connotada», no nos referimos a la «ciencia en sí misma». De ésta, todo el mundo conoce la trayectoria: revisión de la bibliografía; recogida de datos; supeditación a unos métodos; elaboración, análisis e interpretación de los datos; conclusiones. Todo esto ha de ser serio y objetivo. Si no, no sería ciencia. No, cuando hablamos de «ciencia connotada», nos referimos a la manera humana de hacer la ciencia entre nosotros (de hacer, pues, la «ciencia en sí misma»). Lo hemos dicho reiteradamente: la idea de «ciencia connotada» dice a la actitud, no a los resultados. Así, pues, la pregunta que nos planteamos tendría que formularse más exactamente, y podría rezar así: ¿es posible una lingüística catalana que, siendo objetiva por sus métodos y por sus resultados, carezca de connotaciones afectivas? Teniendo en cuenta el contenido de todos los capítulos anteriores, la respuesta, la única respuesta es la siguiente:

no, no es posible, hoy, una lingüística catalana objetiva. Más, aún: si hemos tenido una ciencia lingüística catalana (evaluable como ciencia objetiva), ello es gracias a las «maneras» y a las «actitudes» de nuestros lingüistas. Si no hubiésemos hecho ciencia connotada, nos habríamos quedado, simplemente, sin ciencia: al lado de una cultura más rica (en poder, en instituciones, en medios), mejor dicho: no al lado, sino debajo de esta cultura, la cultura específica catalana carecía de viabilidad: no podía existir, pues, una ciencia catalana. Ahora bien, como sabemos, si nuestra ciencia ha podido ser, esto fue porque el pueblo dijo *no* a la cultura que se le quería imponer, puesto que así la ciencia específica podía apoyarse ya en la entereza popular, para sacar las fuerzas de donde fuese. Con todo, este camino —que, como se ve, era el único posible— ya llevaba a la «ciencia connotada». Por eso hubo que escoger entre renunciar a una ciencia propia o hacer una ciencia indefectiblemente connotada.

Dando un paso más, y entrando, pues, en el punto de las perspectivas que se nos abren hoy, podemos plantear otra pregunta: ¿conviene que tengamos —o que nos esforcemos por tener— una lingüística catalana objetiva? Pienso que todo el mundo advertirá el alcance de esta cuestión, ciertamente incalculable. Con ella nos preguntamos, ni más ni menos, si hemos de desear que nuestra ciencia pueda ser un día como la que se estila en cualquier otro país, plena y únicamente objetiva, en una palabra que no necesite ser connotada para ser.

La razón del incalculable alcance que atribuimos a la pregunta formulada es que la respuesta afirmativa exige, de entrada, que las cosas cambien de raíz. Evidentemente, las cosas cambian. El mejor ejemplo de

ello puede ser, aquí, la propia Universidad, y como protagonista del ejemplo —y si se me permite— puedo citarme yo mismo. Yo mismo, que he vivido la gran transformación de la Universidad (y no pienso ahora en el nivel científico —aunque también podríamos hablar de él largo y tendido, y en un sentido igualmente positivo—, sino en el clima, que es lo que, después de todo, explicaría las «connotaciones» correspondientes). Aquella Universidad que yo frecuenté de estudiante, donde se mezclaba la lamentable ausencia de los maestros de filología románica con la no menos lamentable represión de toda manifestación de nuestra peculiaridad, está en las antípodas de la Universidad de hoy, que tiene institucionalizadas las enseñanzas de lengua y literatura catalanas, que organiza semanas culturales, que inviste Doctor Honoris Causa a un ilustre filólogo catalán, y que marca el acto académico de hoy con una valiente impronta de catalanidad.

Evidentemente, las cosas cambian, en la Universidad. Y, como sabemos, la Universidad suele ser exponente del país, de modo que las inquietudes y los fermentos que bullen en los recintos universitarios se proyectan sistemáticamente en los comportamientos generales de la sociedad. Es más: hoy, en determinados aspectos, la sociedad parece adelantarse a la propia Universidad en el proceso de cambio. Sí, las cosas cambian, en la Universidad y por doquier.

Sin embargo, tengo que hacer dos observaciones. Una, que, aun cuando las cosas cambien, si miramos las modificaciones operadas, por un lado, y aquello que se trata de conseguir, por el otro, nos daremos cuenta de que aun estamos muy lejos de un trastorno radical de las estructuras. Segunda observación: en el transcurso de nuestra historia moderna,

varias veces se han producido cambios que alcanzaron un grado de transformación no sólo superior al de los cambios logrados hasta ahora, sino incluso al de los que hoy vislumbramos como realizables, y, a pesar de ello, después advino siempre un retroceso, que logró deshacer implacablemente las obras que habían emprendido, ilusionados, y, una vez más, cordialmente unidos, los eruditos y el pueblo culto... Es inevitable que nos preguntemos si no sería más positivo no confiar en situaciones que —según la experiencia histórica— se adveran forzosamente quiméricas y seguir afe-rrados a la «ciencia connotada», que, al fin y al cabo, nos ha permitido hacer ciencia. No obstante, pensando así, uno no deja de resignarse a continuar viviendo bajo unas condiciones anómalas (y, precisémoslo, anómalas por inferiores).

Entonces, repetimos: ¿qué hay que desear? ¿Conviene, o no conviene, que tengamos —o que nos esforcemos por tener— una lingüística catalana objetiva? Un examen sereno de la cuestión nos hace responder afirmativamente: conviene que, organizada la sociedad mediante unas estructuras administrativas adecuadas, nuestra cultura goce del rango jerárquico justo y disponga de los instrumentos precisos, de tal modo que la connotación afectiva ya no sea indispensable para sacar adelante la ciencia.

¿Qué puede ocurrir, si esto se convierte en realidad un día? ¿Que exista una especie de planificación de la investigación, que los que trabajen en ella, lo hagan con todos los medios, sí, pero sin entusiasmo? ¿Que el pueblo culto sólo sepa vagamente que hay una ciencia, sin sentirse, empero, interesado por ella? Claro que esto podría suceder, por más que, como diré, no creo que este viniera a ser el desenlace más verosímil.

Por otro lado, optar por la negativa («no conviene que tengamos una lingüística objetiva»), me parecería escoger el camino de una especie de suicidio. Sería como desear no tener instituciones propias, modeladas por nosotros mismos y con recursos propios. Sería, en fin, caer en una trágica interpretación de los acontecimientos, que en numerosas ocasiones se ha insinuado entre nosotros, y que hay que ahuyentar con energía.

No, no. Un pueblo y una cultura que luchan hace más de un siglo por realizarse no han de resignarse a soluciones de segunda categoría, sólo por la razón de que, mientras se debaten por realizarse, suerte tienen de los elementos afectivos de cohesión. Esto pronto sería enfermizo.

Por mi parte, yo hago votos porque la lengua, la cultura y la ciencia catalanas entren en una vía de normalidad (esto es, que consigan el rango que les corresponde, con una administración, instituciones, estructuras, instrumentos). Y si lo digo tan categóricamente, no es que me dejen insensible las objeciones formuladas. No. Es que estoy convencido de que la lucha y la tensión de más de dos siglos, así como han sido elementos indispensables para la pervivencia, también han ido dejando un surco en nuestra manera de ser, una nota ya característica, esencial e indeleble, en forma de adhesión y entusiasmo por la lengua. Es que, por eso mismo, estoy convencido de que, aunque resolvamos los problemas de la cultura y de la ciencia y que logremos trabajar en ellas como trabajan en todo el mundo civilizado, ya no será posible que se nos

atrofien la adhesión ni el entusiasmo por la lengua, sino que, como en los tiempos de lucha y de tensión, los hombres de ciencia se sentirán siempre comprometidos con la comunidad, y, a su vez, el pueblo culto no permanecerá indiferente a las tareas de los eruditos.

Resumiendo: ciencia y pasión que, enlazadas indefectible e irremediablemente, han sido signo de los esfuerzos por una realización humana, seguirán siendo signo de la nueva manera de elaborar la cultura: pacífica, pero con tensión; objetiva, pero comprometida; serena, pero con entusiasmo. En una palabra: ciencia y pasión hasta el fin.

I N D I C E

1. — La ocasión	7
2. — La hipótesis	13
3. — Algunos hechos	19
a) Las postrimerías del siglo pasado	20
b) La «Obra del Diccioniari»: A. Alcover	24
c) El «Institut d'Estudis Catalans»	28
d) La plenitud	35
e) El colapso	39
f) Los últimos años	43
4. — La realidad evidente	51
5. — Las causas	59
a) Las lenguas en contacto	59
b) La falta de instrumentos	61
c) Los grandes estados colectivos	63
d) La entereza popular	65
6. — La pasión es contagiosa	69
7. — Conclusión y perspectivas	79

